GABRIEL BRACHO MONTIEL

Guachimanes

Doce aguafuertes para ilustrar la novela del petróleo



COLECCIÓN CRIATURAS DE PETRÓLEO NARRATIVA

MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

COLECCIÓN
CRIATURAS DE PETRÓLEO

Desde los primeros destellos del siglo XX, la identidad venezolana se edificó no solo sobre su pasado épico, sino sobre lo que Rodolfo Quintero bautizó como «La cultura del petróleo».

Más allá de la deriva económica, la narrativa, el ensayo, la poesía y la dramaturgia han sido los verdaderos laboratorios donde esa metamorfosis social pasó de ser un dato para convertirse en una encrucijada disruptiva y política: una manera singular de pensar, sentir e imaginar a Venezuela.

Criaturas de petróleo congrega voces consagradas y miradas contemporáneas en un espacio de resonancia común. A través de distintos géneros, esta colección no busca simplemente compilar títulos, sino poner en diálogo las obsesiones, las grietas y las ficciones de un país modelado por el eterno sueño de la riqueza sin esfuerzo.

MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

GABRIEL BRACHO MONTIEL

Guachimanes

Doce aguafuertes para ilustrar la novela del petróleo



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA



1.ª edición Ediciones Seremos, Santiago de Chile, 1954.
1.ª edición Fundación Editorial El perro y la rana, 2010.
1.ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2026.

Guachimanes
Doce aguafuertes para ilustrar la novela del petróleo
© Gabriel Bracho Montiel

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C.A., 2026
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, El Silencio,
Caracas, Venezuela, 1010.
Teléfonos (+0058 212) 4828989
www.monteavila.gob.ve

Edición
Elis Labrador

Corrección
Isabel González

Diseño de portada y diagramación
Mónica Piscitelli

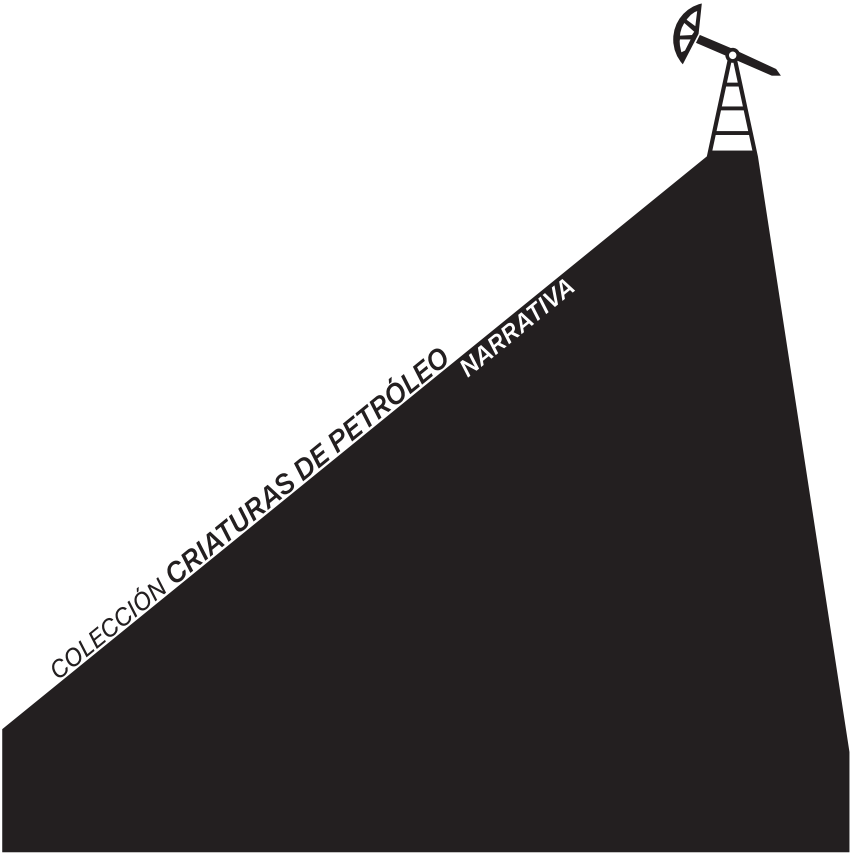
ISBN: 978-980-01-2669-1
Hecho el Depósito de Ley:
Depósito legal: DC20260011407

Caracas, Venezuela, 2026
Impreso en la República Bolivariana de Venezuela

GABRIEL BRACHO MONTIEL

Guachimanes

Doce aguafuertes para ilustrar la novela del petróleo



NOTA EDITORIAL

Para esta edición de *Guachimanes* hemos seguido la que fuese publicada por la Fundación Editorial El perro y la rana en 2010. Además, hemos incorporado un relato que apareció compilado en la década de 1940, así como un pie de página que, al respecto, ofrecerá una información más detallada al lector. Al incluir el cuento nos percatamos de que era insoslayable extender el vocabulario de modismos que originalmente el autor había agregado. Por lo demás se corrigieron las erratas advertidas y se actualizó el texto según las normas de la RAE, sin alterar el habla de los personajes como el uso de regionalismos.

PRÓLOGO

1. Historia de un libro

Referirse a los capítulos de una novela con el término «aguafuerte» sugiere la necesidad de grabar, con palabras y trazos certeros, las luchas de un pueblo y de unos personajes sometidos y explotados, tanto por una empresa extranjera como por un Estado autoritario. Si esa técnica demanda una mano precisa e incisiva, contar la historia de los inicios y la consolidación de nuestra industria petrolera requiere igualmente de crudas descripciones de la condición humana frente a las injusticias más infames, con sus efectos devastadores en los hombres y la sociedad en general.

El término «aguafuerte» adaptado para la literatura y el periodismo fue popularizado por el escritor argentino Roberto Arlt en los años treinta con la publicación de unas crónicas urbanas de profunda mirada social. El estilo narrativo vanguardista de Arlt influyó en muchos escritores latinoamericanos del siglo XX.

Gabriel Bracho Montiel se familiarizó con ese estilo periodístico y lo incorporó a sus crónicas de temas políticos y sociales, tal como sucede en *Guachimanes. Doce aguafuertes para ilustrar la novela del petróleo*; obra que aborda la irrupción de la industria petrolera en la costa oriental del estado Zulia.

Bracho Montiel fue un periodista, odontólogo y escritor zuliano de vocación, colaborador activo en el grupo literario

del Zulia Seremos en la década de los treinta. Los «seremistas» —como se llamaban a sí mismos— apostaron por una literatura experimental y radical que desafió los estándares convencionales de la época. Debido a su militancia política y sus artículos periodísticos, el escritor sufrió persecución y cárcel durante la dictadura gomecista.

Su activismo político, incluso después de la muerte de Gómez, lo llevó al exilio. Primero a México y a Colombia durante el gobierno de Eleazar López Contreras (1937), por ser cofundador del partido Bloque Nacional Democrático (BND). A su regreso al país, Bracho Montiel se hizo militante del Partido Comunista de Venezuela y difusor de sus tesis políticas y sociales. Por segunda vez, el autor se vio obligado a exiliarse en Chile, en 1954, durante la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, donde publicó *Guachimanes* bajo el sello editorial Seremos.

A su regreso a Venezuela, se incorporó a la vida pública como periodista y fundador del periódico humorístico *Dominguito*. Falleció en Caracas en 1974. Diez años después de su muerte se publicó su libro de cuentos *Mata-mujer* y un compendio de sus crónicas periodísticas publicadas en *Dominguito*.

Bracho Montiel vivió de primera mano los inicios de la industria petrolera como nativo que era del estado Zulia. La explotación petrolera dio sus primeros pasos en 1910 durante el gobierno de Juan Vicente Gómez, mediante el otorgamiento de concesiones de exploración y extracción a empresas inglesas y norteamericanas. Los trabajos de exploración abarcaban todo el territorio nacional, pero los convenios con las empresas extranjeras se negociaron en la capital de la república directamente con la cabeza de gobierno. Se afirmaba, tanto en conversaciones formales como informales, que las ganancias de esos convenios operativos serían extraordinarias, que el progreso del país sería inmediato y que la prosperidad se distribuiría a toda la sociedad venezolana.

Miembros del gobierno y personalidades individuales cercanas al poder se aprovecharon de esas concesiones para beneficiarse. Una conducta tan cuestionable no pasó desapercibida para los intelectuales del momento, de allí que algunos escritores comenzaran a mencionar, en sus obras de ficción, el petróleo como un elemento incidental dentro de la trama novelesca. Estas obras no tenían como eje temático la vida individual y colectiva alrededor de las áreas de explotación. Es el caso de novelas como *Elvia. Novela caraqueña* (1912), de Daniel Rojas; *Tierra del sol amada* (1918), de José Rafael Pocaterra; *Ifigenia* (1924), de Teresa de la Parra; *La bella y la fiera* (1931), de Rufino Blanco Fombona, entre otras.

En 1922, con el reventón del pozo Barroso-2 en las afueras de Cabimas, se confirmó la riqueza petrolera del país y se consolidó la presencia de las empresas extranjeras encargadas de su extracción.

Solo a raíz de la muerte de Gómez aparecen obras literarias centradas en los cambios ocurridos en las áreas donde el petróleo se explotaba intensamente. Son las novelas del petróleo, o petronarrativas, escritas por testigos de la metamorfosis social y cultural devenidos en narradores de las múltiples historias gestadas entre el pueblo trabajador y los representantes de los consorcios extranjeros apoyados por el gobierno. Es el caso de las novelas *Mene* (1936) y *Casandra* (1957), de Ramón Díaz Sánchez; *Clamor campesino* (1945), de Julián Padrón; *Campo sur,* de Efraín Subero (1960); y, entre otras muchas, *Guachimanes*.

Bracho Montiel llevó a la imprenta lo que habían sido sus apuntes y charlas en las cárceles gomecistas. Contó la transformación material del territorio zuliano desde su espacio físico y social, así como lo vertiginoso de los cambios culturales y espirituales sobre el paisaje y la sociedad. Describió entonces un aguafuerte literario de la vida y los horrores institucionalizados en personajes y ambientes. Y en ese disloque histórico-económico

que había vivido el país sin comprenderlo a cabalidad, cabía perfectamente presentar una obra con tal fragmentación narrativa.

2. Trazos de un libro

Durante muchos años los lectores venezolanos no supieron de la existencia de *Guachimanes*, ni el autor manifestó interés en reeditarla. Los académicos e intelectuales del país sí lo conocieron y estudiaron por lo relevante del tema para la historiografía de la literatura venezolana. La novela debió esperar cincuenta y cuatro años para ser reeditada en Venezuela (2010). La explotación petrolera en el Zulia ya no estaba en sus inicios y la realidad había cambiado notablemente, como también la mirada de la sociedad venezolana hacia la actividad extractiva.

Volver sobre un pasado histórico lleno de injusticia y oprobio contra los venezolanos es una necesidad permanente. Las luchas por la justicia y la defensa de la dignidad nacional pisoteada siempre convocaron a los venezolanos a la acción.

Una particular sensibilidad se hace presente en este conciso libro de doce escenas. Se siente la huella angustiada del intelectual que sufre lo que describe y lo expresa, no como desahogo, sino como denuncia social impostergable.

Este certero relato, publicado muy lejos del país y sospechosamente ignorado por la crítica nacional de su tiempo, demanda más estudios críticos que le asignen un justo lugar en la historiografía literaria venezolana.

Para Gabriel Bracho Montiel, la literatura y el periodismo fueron una forma de compromiso permanente con la sociedad, impulsado por sus enfoques personales sobre el proceso político y social de los pueblos latinoamericanos y por un deseo auténtico de justicia y paz.

Guachimanes es una palabra venezolana derivada del inglés *watchman* (vigilante) que se impuso en la zona petrolera

zuliana desde el principio de la explotación del bitumen; posteriormente, su uso se extendió por todo el país. Fue y es aún la definición del celoso vigilante de intereses privados, como lo fue en el pasado de los intereses de los consorcios trasnacionales. La novela muestra tanto las angustias de una generación de venezolanos preocupados por la entrega del país a extranjeros, como la desigual lucha del pueblo trabajador por defender sus derechos y dignidad ante tanta opresión institucionalizada.

Guachimanes, a medio camino entre cuento y novela fragmentada, traza con precisión la dura vida de un obrero venezolano, Tochito García –arquetipo de los obreros de la industria petrolera–, enfrentado a una compañía extranjera que no solo lo explota, sino que busca volverlo obediente a los jerarcas y sus leyes no escritas. De esos venezolanos, llegados de las cuatro esquinas del país, abusan tanto los gerentes y subalternos extranjeros como los representantes gubernamentales nacionales. Ambos, en un acuerdo siniestro, están unidos en el maltrato laboral, la corrupción y el saqueo de las riquezas nacionales.

Estos doce aguafuertes vinculan una particular técnica de la plástica con el lenguaje y sus intensas imágenes literarias. Tal asociación hace posible leer algunos capítulos como textos independientes, escenas aisladas de un mismo proceso o ambiente social.

El yo narrador inicial establece una cercanía emocional con el lector al hacerlo partícipe de sus expectativas a medida que se acerca a su pueblo natal. El hijo que retorna espera encontrar prosperidad material en sus habitantes, pero solo descubre una pobreza enquistada en cuanto espacio contempla, la desmemoria inducida del taxista que lo guía y el velatorio de un obrero fallecido –uno más entre millares–, asesinado por causas políticas al intentar organizar un sindicato. Luego la perspectiva del narrador cambia y, desde un punto de vista externo, cuenta las vivencias de los personajes, reservándose la piedad o severidad del juicio hacia ellos.

Los personajes nacionales que protagonizan cada aguafuerte narrativo son de dos tipos. En primer lugar, los nacionales, conscientes de las injusticias que se acumulan sobre sus espaldas, víctimas de una servidumbre paralizante. Entre ellos se cuentan el médico Trino Paz, el maestro Ceferino, su hija Marulalia, Tochito García y los obreros anónimos de la empresa. Luego están los venezolanos vinculados a los intereses extranjeros. Son los defensores del orden represivo: el jefe civil, alias «el Coronel»; el torturador Cambula; y el jefe de los guachimanes, Carrillo Varela. Todos ellos actúan como victimarios de la mayoría de los habitantes del poblado.

Los extranjeros, en simétrico balance, se dividen igualmente en diversos tipos. Por un lado, aquellos que representan las voces de conciencia sobre los derechos y las reivindicaciones de los obreros. A esta clase pertenecen el contador míster Charles y don España. Por otro lado, los miembros de la empresa minera, descritos con bastante precisión como piratas saqueadores de las riquezas ajenas. El balancín en movimiento perpetuo y la cabria encajada en el lago son el símbolo del dominio extranjero en el país, no solo en el paisaje físico sino en el económico y el político.

El hilo conductor de la historia hasta su desenlace es el obrero Tochito García. Trabaja en la compañía y, a diferencia de sus compañeros —quienes gastan el salario en juego, bebidas y prostitutas—, ahorra sistemáticamente para casarse. A pesar de su conducta, va detenido cada cierto tiempo a la comisaría por cometer un «delito» por el que debe pagar una multa que merma su salario semanal: haber pronunciado «palabras inconvenientes» a las autoridades nacionales y extranjeras. Sin embargo, acepta esas leyes corruptas sin sumisión ni resignación. Intuye, desde su inteligencia natural y su espíritu indómito, que un día las cosas cambiarán.

Tochito conoce al contable de la empresa, míster Charles, y establece una breve amistad con él. Charlan sobre la necesidad que tienen los obreros de unirse y luchar por mayor justicia laboral. Esas ideas son el detonante de una rebeldía alimentada por interminables abusos.

Don España y el médico Trino Paz persiguen los mismos objetivos que míster Charles: elevar la conciencia de los obreros para que puedan organizarse como colectivo.

El capítulo «El Coronel» expone los mecanismos corruptos de las trasnacionales y la personalidad de Juan Vicente Gómez, el autócrata que gobernó a Venezuela durante veintisiete años. Parece una anécdota del folclor político; sin embargo, muestra hasta dónde llegaba la sumisión de los subalternos del régimen hacia el dictador. No es un capítulo costumbrista, ni lo alienta el puro ánimo de hablar sobre los gustos culinarios del gobernante. Es una metáfora retorcida para exponer el servilismo de quienes sienten la necesidad de rebajarse frente al poder a fin de mantener los cargos y sus beneficios implícitos.

Poco se disfrazan algunos hechos y personajes históricos que el autor debió conocer de primera mano. Además, se nombra sin eufemismos al dictador Juan Vicente Gómez, quien se convierte en un personaje más y desplaza la obra hacia el escrito documental antes que hacia la ficción.

Tochito —encarcelado y torturado injustamente, al recordar las conversaciones con míster Charles— deduce la realidad que rodea su vida y la comunidad obrera:

> Guachimán es er coroner y er presidente, y er juez y er abogado y er ingeniero y er médico. ¡Sí, guachimanes todos! ¡Guachimanes que también vigilan los pozos de donde sale el petróleo que nos roban! ¡Guachimanes, guachimanes son todos! ¡Er viejo Gómez es er primel guachimán! (2010:76).

El disciplinamiento empresarial impuesto al pueblo minero luce férreo. Sin embargo, el binomio explotador de los funcionarios venezolanos y los jerarcas de la compañía se va desajustando lenta pero inexorablemente. Si bien los representantes gubernamentales vigilan cualquier manifestación de rebeldía individual u oposición colectiva, el orden dictatorial se resquebraja a medida que las noticias sobre la salud del autócrata llegan de la lejana capital y surgen voces anónimas que sugieren cambios necesarios.

La sensación de cansancio, los presos inocentes de fin de semana para justificar el chantaje y la comisión para las autoridades se extendían en el poblado. Todas esas acciones van socavando lentamente la sumisión impuesta a los hombres.

En el último aguafuerte explota la presión social largamente postergada en la comunidad petrolera: el tirano mayor muere en Caracas y una supuesta sucesión pacífica dice que todo sigue igual. Nadie en el campamento lo cree. La chispa libertaria de las ciudades alcanza a la comunidad lejana y de pronto los poderosos e intocables desaparecen por el miedo, pues la comunidad prepara su desquite contra el opresor. Ajusticiar a los opresores es la sanción popular largamente esperada. En este último tramo novelesco, el narrador cesa de juzgar las situaciones de violencia institucionalizada y no califica la actuación del pueblo; solo la describe con poderosas imágenes sin sanción moral. Tochito García se transforma en líder automático de la multitud y conduce a los responsables locales de la tiranía al quemador del pueblo, a cumplir su sentencia dentro de la llama vengadora.

El cierre narrativo es agridulce, pues todo vuelve a su lugar en la compañía petrolera: «La madrugada aclaró el paisaje y volvieron a verse los balancines al pie de las cabrias, cabeceando sus palancas, indiferentemente».

El libro agrega un glosario de localismos zulianos al final del texto como modo de saldar una deuda con la narrativa criollista. Con esta adición, el autor buscaba dar a conocer los vocablos regionales a otros públicos latinoamericanos y reforzar la comprensión del espacio geográfico desde el cual escribía.

Se muestran tanto las angustias de una generación de venezolanos comprometidos con la defensa de la dignidad y la libertad, como las inciertas esperanzas de un futuro más justo para todos, en particular para quienes estaban en la órbita de influencia de un país dedicado a extraer, para su beneficio, las riquezas naturales de otros países más débiles política y culturalmente. El narrador del relato nombra sin rodeos a los yanquis y su carácter imperialista.

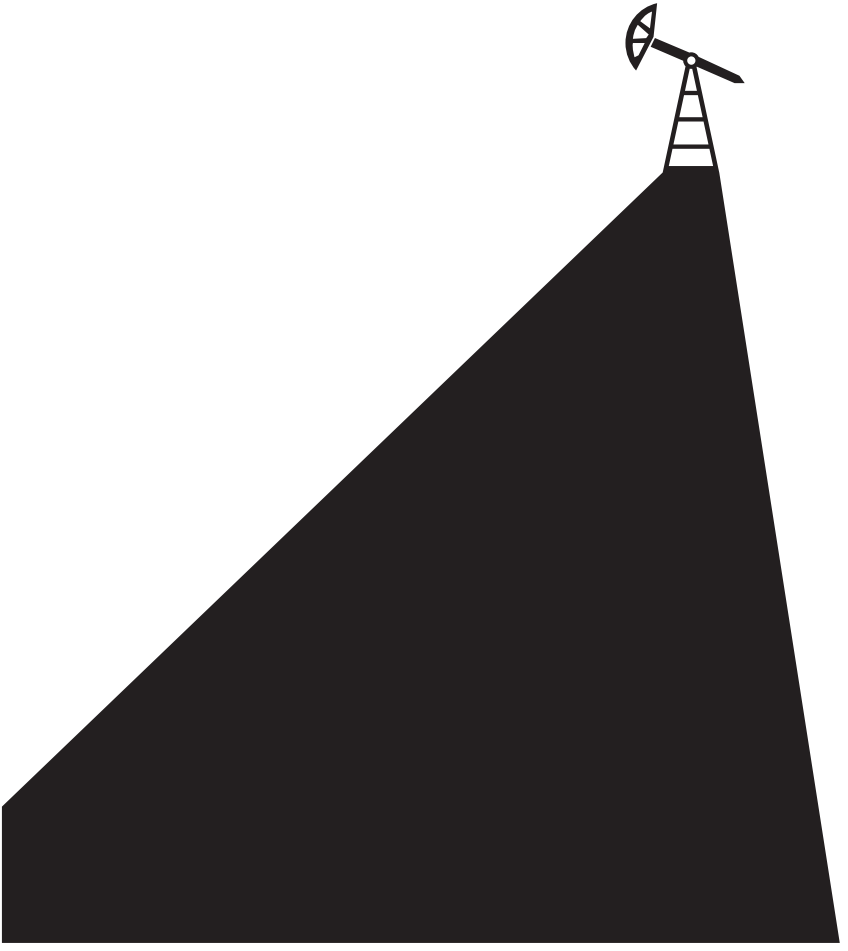
Releer en la actualidad novelas de temática petrolera publicadas en la primera mitad del siglo XX permite reinterpretarlas dentro de nuevos contextos históricos y genera nuevas lecturas a la luz de las renovadas estrategias de dependencia neocolonial.

Guachimanes, al igual que otras novelas venezolanas que giran en torno al petróleo, es una narrativa con vigencia sociohistórica que debe ser leída por esta y las sucesivas generaciones de latinoamericanos.

ANA MARÍA ROMERO

Guachimanes

Doce aguafuertes para ilustrar
la novela del petróleo



A Elena, la amada compañera;
a América, la hija noble y buena;
a los nietezuelos Martín y Raúl Leonardo,
«dulce razón de la jornada».
G. B. M.

I. Uno menos

Es la primera vez que visito un pueblo petrolero venezolano y espero encontrar todo ese vibrar de progreso que entraña la ambicionada riqueza negra. Allí estará el trepidar de la máquina junto al entusiasmo del obrero que se sabe parte de aquella riqueza; allí estará ahora la nueva vida estructurada por la organización de los trabajadores, después de sacudido aquel marasmo tremendo que creó la dictadura de Gómez. Un camino nuevo presumo encontrar y debo esculcar dificultosamente el viejo y tétrico camino de ayer, porque la renovación debe haber borrado hasta sus huellas.

Voy impresionado por relatos espantosos de escenas ocurridas en los días de la muerte del tirano: un quemador, especie de hoguera inquisitorial, había consumido cuerpos humanos en la hora loca de las venganzas; un quemador inmisericorde que en aquellos momentos hizo temblar de pánico y de odios a los semivencidos y a los semivencedores. ¡Hizo temblar de pánico hasta los hombres «buenos» que exponen su «capital civilizador» en estas regiones «peligrosas», «amenazantes», «semisalvajes»!

Como el turista que al visitar Roma pide pisar con su propia planta la arena del circo en cuyo centro rugieron las fieras hambrientas, así yo ahora deseo ver de cerca el cráter de hierro de aquel volcán enano, cuya erupción estremeció edificios

hasta en Wall Street, según me informan narradores —¡quizás exagerados!

Pero mi guía no es hombre apasionado como historiador, sino que, por el contrario, dice con pasmosa indiferencia noticias que cualquier cronista habría comentado patéticamente: «¡Qué va, mayol!... Ese quemadol lo taparon los americanos hace tiempo. ¡Ese bicho metía miedo y hubo que apagarlo!».

Con un laconismo exasperante hace una descripción brevísima del horrible aparato:

—Era una llamará que salía por un tubo de yerro y que servía pa' quemal basura y animales muertos.

Pero ni siquiera se toma el trabajo de llevarme hasta el terreno en donde estuvo ubicado; le parece preferible conducirme hasta sitios hermosos donde la nueva «civilización» venezolana habla con vocablos ingleses: *bungalows*, canchas de *tennis*, rubias *girls* de muslos níveos y desnudos bajo el *short*.

—Son las casas de los americanos —me dice—. Ahí no dentra er zancúo, polque er zancúo es venezolano y ese nos toca a nosotros.

Ríe cruel, casi canallescamente; parece satisfecho de expresar en tan rudo idioma lo que a sí mismo maltrata y lacera. Luego señala con el dedo hacia el pueblo nuestro, hacia la habitación de los zancudos, como querría llamarle tal vez, y me explica:

—¿Usté ve aquella casita 'onde están paraos aquellos hombres? Bueno. Ahí están velando a un hombre que ayel murió atravesao por una bala 'e máusel.

—¿Quién lo mató? —pregunto alarmado.

—Yo no fui, es lo que le digo. ¡Debió sel uno de los que calgan máusel!

Luego me refirió lo ocurrido en pocas palabras, en cortas frases ásperas, aunque ya no salpicadas de humorismo irónico y concluyó diciendo:

—Cuando Gómez jue ese muchacho de los de alante; murió el Bagre y tuvo que echase una escondía larga polque ya traía mala fama desde que una vez lo metieron preso polque y que era revolucionario; pero ahora, pa' la democracia, volvió otra güelta que y que a querel hacel algo... Y ahí lo tiene usté: ¡mirándose la punta de los deos goldos!... ¡Qué se va hácel!

Fue una biografía confusa, recargada de modismos extraños, de «y-que», de «que-y-que», de raras contracciones idiomáticas que parecían construidas para alcanzar con eufemismos, como bálsamos sobre la gran herida colectiva. Para concluir agregaba aquel «¡qué se va a hacer!», melancólico y derrotista, pero pronunciado con una enérgica voz de sacudida, de fuerza acorralada, de odio recóndito.

Yo debía estar pocos minutos después frente al cadáver del obrero.

Y lo estuve.

Extraño turismo el mío, que me lleva a presenciar enojosas escenas y que concluye por poner en mis labios un amargo sabor de angustias.

Vine a ver algo más amable, menos cruel, vine a emocionarme con la edificante agitación de la gran industria que es fuente de vida para mi país y...heme aquí aturdido, inseguro, haciendo contradictorias zancadas entre las casitas lindas de los americanos y esta herida bárbara que destrozó un corazón valiente. «¡Debo irme lejos —pienso— lejos de todo esto tan feo, tan desolador, tan insultante! Pero no sé cómo apartar la vista del obrero víctima.

El cadáver tiene los ojos entreabiertos y una morena guapa se empeña en cerrarlos inútilmente. Siento la impresión de que aquellos ojos fueron hechos para no cerrarse jamás y que sus turbias pupilas me reclaman algo. Tal vez una protesta. ¿La narración de aquello que he empezado a ver, por ventura? Y comienzo a averiguar, a desentrañar lo que nunca habría podido

alcanzar mi mano de no haberse metido en el subsuelo de mi tierra, aprovechando el propio hueco por donde se fue aquel luchador, en una tarde zuliana, enrojecida por el sol de los venados, viejo sol montuno que tiene en aquellas tierras la misión de ensangrentar las aguas del lago en los crepúsculos.

Como el médico que sorprende insospechados síntomas alarmantes en el enfermo que hasta ayer no denunciaba sino benignos trastornos, así yo viro mi observación hacia la nueva fase que ofrece este escenario trágico, y a partir de los ojos opacos del obrero asesinado, comienzo a enfocar la vida en aquella región.

Cronista incauto, cándido, como la mayoría de los cronistas, inicio una serie de investigaciones y preconcibo una calenturienta historia que ha de guiarme en las pesquisas; imagino al líder haciendo vibrar cálidas frases de reivindicación obrera, exaltando el alma de una masa oprimida, soliviantando espíritus inconformes; luego, el tumultuoso reaccionar de aquella masa y el temor exagerado de los guardias del orden público; después, la imprudencia del impulsivo obrero desafiando a los guardias con el pecho desnudo ante la boca de los fusiles... y la trágica descarga irremediable. Pregunto:

—¿Fue reñido el combate o aplastante la masacre? Y me responden extrañados:

—¿Cuál combate? ¿Qué masacre? Otro agrega:

—Sí, fue a la salida del sindicato: un espía dijo que un agitador estaba buscando un alzamiento, una huelga ¡qué sé yo!... Y eso bastó para que se formara la bronca: cuatro tiros, medio mundo corriendo... y un hombre muerto. ¡Eso fue todo!

Eso fue todo... Pero yo no sé qué, algo sospecho y no puedo apartarme de ver más allá del mártir. Sigo escuchando, escuchando... y aquel cadáver, y aquella morena, comienzan a perfilarse como héroes de narración oscura y profunda como el subsuelo.

La morena es linda. Muestra una ruda belleza silvestre bajo el traje paupérrimo, a pesar del cutis curtido de sol.

Acaso ella es también causa de que yo emprenda tarea de trazar apuntes para una novela más.

II. Paisaje negro y bermejo

Gómez está en el poder y hay alcabalas fraccionando los caminos. El nombre del viajero se repite innumerables veces en esas alcabalas destinadas a controlar los movimientos de los ciudadanos, en las aduanas, en las rutas todas de la nación.

Al final de una carretera angosta y asfaltada, pasando por extensiones áridas y entre ásperas vegetaciones de cujíes, cardones y dividivis, estará el pueblo petrolero, siempre bullicioso, siempre sucio, siempre agitado por algún suceso.

También a la margen del lago manchado por flotantes zonas tornasoles de aceite, y después de haberse tejido entre cabrias sembradas agua adentro, encuentra la lancha gasolinera el muelle estrecho y largo de algún pueblo o campamento petrolero. Huele a brea, a gasolina, a mene, a humo. Huele al perfume barato de las prostitutas.

Al final de cada calle comienzan las concesiones: siembras de taladros que casi invaden la población.

Al pie de cada cabria hace su incesante movimiento de báscula el balancín, sin que ningún obrero vigile el automatismo de aquel constante succionador del subsuelo; el mecanismo moderno ha logrado mover esas bombas aspirante-impelentes valiéndose de la electricidad o de los mismos gases producidos por el pozo petrolero, y así, del yacimiento corre el aceite directamente por oleoductos hasta los tanques colectores, inmensos, cilíndricos, color de plata y humo, situados cerca de

los embarcaderos, tapando muchas veces el fin de las calles del poblado.

Y cuando el suelo explotado dista mucho de la costa, nacen también de estos tanques gruesas tuberías que atraviesan kilómetros, pasan sobre tierras ajenas, cruzan sembrados, bordean ríos de claras aguas amenazadas para siempre por el escape aceitoso, hasta llegar a los puertos donde esperan los vientres de los buques cisternas para llevarse la riqueza que nunca vuelve.

En el silencio de los mediodías ardientes, durante la noche fresca, frente a los pájaros de la madrugada, a toda hora, el balancín cabecea su palanca y chupa petróleo, chupa incansablemente. Nadie se detiene a observar la monotonía de aquel movimiento, solo el guachimán —el *watchman*—, de a caballo, pasa por los caminos lanzando miradas cansadas hacia el pie de las cabrias; o tal vez un niño sucio, semidesnudo, se acoge al ritmo lento del balancín para repetir: «¡Los maderos de San Juan, piden queso, piden pan!».

Si se escucha la explosión isócrona de un motor, es un taladro en perforación. Está rodeado de tiendas. Muy cerca se hacinan los tubos de hierro que las grúas trasladan como a juguetes, como a cañutos de bambú hasta lo alto de la cabria, para sumarlos al rosario larguísimo que se va tragando el suelo por el camino que abre el trépano.

Los obreros sudan casi olvidando el peligro que amenaza la boca de aquella tubería.

Los *drillers* dan órdenes en un idioma mixto, mitad inglés, mitad castellano, o corruptelas extravagantes que ya han formado un argot.

Al geólogo y sus ayudantes les toca observar con ojos prácticos y aparatos técnicos los barros, las arcillas, los pedruscos y arenas que unidas al agua salen del taladro. No hay un minuto sin agitación, sin acrobacias de los obreros que suben por escalerillas o pendulan en guindolas mientras siembran la cabria,

colocan la acerada punta trepanadora, ascienden tubos y ejecutan la perforación. Para aquellos hombres la herida que a cualquier otro haría arrugar la cara o solicitar auxilio y aplicar el apósito curativo, no pasa de ser un pellizco que se cura con una chupada rápida y se enjuga indiferentemente con el trozo de *west*, que es el pañuelo del *rabott*. Doce días después el obrero se convulsionará y sus quejidos estarán cohibidos por el trismus; pero a su muerte, el médico de la compañía firmará un certificado de defunción callando siempre que el maligno microbio del tétanos penetró por la herida mínima que dejó el trabajo en la mano callosa.

—Murió de tétano... ¡er pobre! ¡Y tanto como lo querían er gerente y er jefe 'e labol! —comentarán las mujeres que en el rancho quedan sin hombre y sin pan.

Otro obrero llenará el vacío que dejó la muerte, y el nuevo seguirá mañana el camino que impone el destino a las víctimas de aquel duro trabajo.

Acaso de súbito se desprenderá un hombre de la cabria, altísima. El mismo vértigo que nubló los ojos de la víctima, pintará de pánico amarillo el rostro de los rubios y mulatos que le ven caer gritos en inglés, gritos en castellano, gritos sin idioma y... sobre el rimero de tubos dará su campanada de carne y metal este cuerpo de obrero venezolano. Se comentará con asombro: «¿Por qué se ha desprendido? ¿Algún mareo?».

El jefe civil podría suministrar este indicio: «Tengo un mabil que no reposa. Los obreros se divierten. Pero tendré que pedir a la ciudad otras muchachas de relevo porque ya estas están muy manchadas». Si el médico quisiera informar bien, diría: «Hay manchas lenticulares que no son producidas por el golpe y, a pesar de la fractura del cráneo, conservan su color de azafrán las escleróticas». En algunos de aquellos repetidos accidentes pudo preguntarse: «¿Estaba sometido a algún tratamiento?».

Nadie sabría responder que la víspera se había inyectado un D'Melcos, pero como iba a empezar hoy el trabajo no quiso advertirlo por temor a ser rechazado.

La malaria, en contubernio con todas las venéreas y el alcohol, vivían danzando entre la cantina, la cabria y el mabil ¡Shawding, Laverán, Ducrey, Neisser: ¡Si antes no hubierais sorprendido vuestros obrerillos del mal, sabed que en estos cadáveres de venezolanos habríais encontrado un festín de los microbios!

Cuando el sol se ha cansado de martirizar obreros, se pone rojo y se tira al lago. Cuando el obrero levanta su labor, se quita el andrajo que le sirve de overol, se lava con gasolina la piel aceitada y entra al botiquín primero, a la ruleta luego y a veces al calabozo de la jefatura civil.

Los guachimanes que duermen de día, salen ahora con su reloj de control colgado como bulto de escolar y el arma al cinto. Primeras víctimas de la máquina, esclavos del reloj que impone sus vigilias y denuncia las derrotas ganadas por el sueño, vagan por los caminos solitarios rumiando ideas oscuras como la noche, como la cabria, como el petróleo. Silban olvidados corridos del Apure, canciones viejas de la sierra trujillana, gaitas del Saladillo marabino; ¡silban y avanzan como las balas!

La compañía paga sus insomnios, compra sus silencios y soborna sus complicidades. El coronel-jefe civil gratifica sus influencias, subvenciona su cooperación, negocia con sus delitos.

Algunos son recomendados por el coronel al gerente; ellos son hombres de confianza. Están precedidos por historias que se desarrollaron en El Mamón de Trujillo o permanecen aquí porque en Apure «son muy vengativos» y pueden cobrarles pleitos que tuvieron hace años. Silban y vigilan. Miran el reloj y meten la llave en el hueco de control para anotarse su tiempo. Así como un campesino conoce las huellas con exactitud, el

guachimán reconoce las bocinas de los automóviles a distancia: —¡Aquel es míster Howard!... ¡Por ahí anda el superintendente!

Ladea un poco el cuerpo apoyando la mano cerca de la grupa de la bestia y grita:

—¡Epa!... ¿Quién es? ¡Eche pa' atrás, que esto es de la compañía!

Y la noche sigue a su redor iluminada por la llama bermeja de los mechurrios, escapes del gas que exhalan los pozos, riqueza que se pierde y que es preciso quemar para que no se sature el aire hasta hacer volar un pueblo entero con una sola chispa.

Desde su montura el guachimán escucha el bullicio del poblado cercano: escándalo de la *jazz band*, notas confundidas lanzadas por mil pianos automáticos llamados pianolas, músicas de ortofónicas, primeros silbatos lúgubres de los primeros radiorreceptores, sirenas de automóviles. ¡En el mabil estarán descoyuntando las caderas los hombres que han de ir mañana a la maroma de la cabria! ¡Estará corriendo sobre el tapete la moneda del salario!

Y en el hogar del obrero zumba el viento entre las rendijas que dejan las tablas de la pared, cría limo el agua de la tinaja, despierta el niño sucio acosado por el cochocho y la pobre «querida» —carne de última hora— palidece y queda exangüe por causa de un mal que no se cura ni con las flores hervidas que recetó la comadrona después del último parto.

Mañana será sábado. La puerta del cercado de alambres de la compañía estará llena de turcos —recaudadores del bar, de la bodega, de los vendedores por cuotas—. Saldrá el obrero repicando en sus bolsillos las monedas del salario ganado; repartirá sumas pequeñas y observará la anotación que hacen sus acreedores sobre tarjetas sucias por el uso; aplazará pagos para esconder monedas en bolsillos que no denuncien el tintinear metálico: «Quedé apuñaleao», dirá para sus adentros.

Saldrá por fin con una mano en el bolsillo derecho del pantalón, la mirada vaga y los labios moviéndose, sin palabras, obedeciendo a dictados del cerebro que trabaja sobre el tema económico: «Quince le debo a Juanita. José Miguel que se espere si le da su gana; los intereses del guachimán sí tengo que pagárselos porque si no, me pasan por el filo».

Pero a un lado de la puerta, allá... pegada a la red de alambre que hace el cercado, estará ella, la «querida», esmirriada y pálida, no apetitosa como Juanita la nueva, siempre con cara de angustia y majaderas exigencias. Sobre la cadera izquierda de la pobre mujer cabalgará el niño menor chupando una guayaba madura. Llamará al hombre, a su hombre, con acento suplicante y algo de recriminación; cantarino dialecto zuliano que guarda algo de las quenas indígenas y de los largos lamentos gitanos.

—¡Mirá... Natividá!... ¡Vení acá, mijo!... ¿Vos no sabéis que estoy sin un cobre?... ¡Avisa si es que queréis que tus muchachos se te mueran de hambre!...

Y el hombre responde áspero, entregándole cuatro fuertes:

—¡Pendeja!

Vuelve el rostro hacia los compañeros que han salido antes que él y grita:

—¡Epa!... ¡Compae Soturno, espéreme que ya me voy a desquital de lo que perdí el domingo!

La mujer retornará al rancho murmurando palabras ininteligibles de reproche; el mismo refunfuño de todos los sábados.

El hombre se pierde en el poblado, bebe, juega, baila y el domingo en la noche es llevado a la policía, indefectiblemente. El lunes a las seis espera la visita del coronel-jefe civil, quien con su acento montañés o con una simulación oportunista de ese acento, dirá siempre igual frase:

—Ya usté está curtío, Natividá; todos los domingos es lo mismo.

¿Comprende?

—¿Qué se hace, mi coroner?... Pero usté sabe que yo no le quedo mar, ¡a las doce y media tiene aquí los treinta bolívares de la murta!

—Bueno. Pero hoy tenemos algo nuevo: Ustedes los conocidos van a tener que servile de fiador a ese negrito que trajieron rascao, porque aquí nadie lo conoce y es nuevo en la compañía. ¿Comprende?

Un negrito se adelanta para responder:

—Yo no he venío rascao ni na' de eso. Ya yo conozco er truco: ¡lo agarran a uno pa' quítale los treinta bolos y eso es to'!

Se enfurece el coronel, grita cuatro ajos asesorados por otras tantas palabras de igual especie y sentencia:

—¡Prepárese a perdé el puesto en la compañía porque lo que es de aquí no sale y en cuanto sepa el jefe de labor que usté está arrestao le da la orden de pago! ¿Comprende?

—¡Que me boten! —replica el negrito rebelde. Más por compañerismo, en parte, y también por jactancia de «acreditado», Natividad y otros contestan al coronel:

—Déjelo salil, que nosotros le respondemos.

—Bueno. Pero ahora son cincuenta, ¡por insubordinao!

¿Comprende? —argumenta el ladrón oficial.

—¡Convenío!... ¡Da lo mismo! —comentan los fiadores.

A fuerza de sudar, de pendular en el vacío, de acercarse a la muerte, se ganan aquellos cincuenta bolívares para el jefe civil. El negrito rebelde los pone en manos de Natividad:

—Entrégueselos usté al cipote ese; hágame el favol, polque si se los llevo yo... tienen que déjame otra güelta. ¡Yo me conozco!

Quedándose así, con una cantidad menos en su presupuesto, no se lamenta porque le reste bienestar a su hogar el robo del mandatario, sino que argumenta tristemente:

—Lo que me duele es que ya no me queda plata pa' desquitarme de lo que me ganaron el sábado en el monte y dao.

Natividad cruelmente le responde:

—¡Haga como Tochito, que no bebe ni juega, polque está reuniendo pa' casase con Marulalia, la hija del maestro Ceferino!

El negrito tuerce los ojos poniendo una picardía enorme en el relámpago de sus escleróticas blanquísimas y dice:

—¡Seré yo marico!

Ambos echan a reír y toman el camino del pueblo, hacia el bar, hacia la ruleta, hacia la jefatura civil. Son los tres vértices de un triángulo fatal en cuyo centro perece la aldea entera. Mientras marchan tejen una larga charla acerca de la mutua desgracia y de la tremenda impotencia; es exiguo el salario pero imposible el reclamo, porque una leve insinuación proporciona el despido; es incapaz la fuerza muscular porque el paludismo blanquea sus sangres, pero una imprudente calentura con frío ocasiona el reemplazo; es injuriante el aspecto saludable del patrón yanqui y el bienestar de aquellos hombres blancos dueños de todas las prerrogativas y del confort de las casitas de madera, pero una sola muestra de disgusto expresada por el «nativo» sería calificada de delito por los dueños del subsuelo y por aquellos que lo vendieron. La resignación es la única arma utilizable para defenderse de la muerte y por eso terminan siempre con un comentario final: «¡Qué se va a hacer! ¡No hay mal que dure cien años ni cuerpo que lo resista!».

Esto es la escena de todos los días y, como ya sabemos, si es domingo vuelven a dormir presos en el hediondo cuartucho de la jefatura. Como siempre.

El lunes por la noche es el único día en que suena menos la *jazz band* y es menos intenso el ruido en general. Parece semidormir la población completa. La luz de los mechurrios cabrillea sobre el lago y sustenta las tertulias del patrón y los muchachos de a bordo en los vaporcitos que aguardan la madrugada para el primer viaje del martes. Sobre un escaño de una nave hace el último comentario un coriano somnoliento: —¡Ah mundo!... ¡Si

los americanos se van se acaba este pueblo pa' siempre! ¡Por eso es que el gobierno los ayuda y los deja hacer de to'!

—¿Y si no hubieran venío nunca? —pregunta el patrón. El coriano responde casi dormido:

–¡Yo sé... pues!

III. Tochito

Tochito sí pagó multas al coronel. ¡Cómo no! Por causa de esas multas perdió cuarenta bolívares en intereses y ciento sesenta de salario. Carrillo Varela, jefe guachimán, le facilitó los reales previo convenio con el coronel.

La primera multa fue de cincuenta bolívares; pero no por borracheras, sino porque una tarde dijo palabras «inconvenientes» a un celador de aduana. Esa tarde venía en el Laurita míster Howard, cargado de macetas y cajones. También regresaba de Maracaibo María Eulalia, trayendo solamente un paquetito envuelto en papel de periódicos. Quizá porque se le había permitido a la muchacha hacer el viaje en un vaporcito de la compañía —acaso por la influencia de su belleza silvestre—, pero lo cierto es que el Laurita se arrimó a un tanquero que entraba al lago, el celador lo observó desde tierra con su binóculo y decidió revisar el paquete a la muchacha en cuanto saltase al muelle, para cerciorarse de que no había recibido contrabando de manos de algún marinero del buque cisterna.

Con ese gesto despectivo y dominante que puso el celador para imponer la requisa del paquetito, no era fácil que la muchacha respondiera con gusto... y María Eulalia se negó al registro:

—Es ropa sucia, de mi uso —argumentó. Pero el celador replicó intransigente:

—Eso no importa. Muchas veces se dice que es ropa sucia de mujeres y es pa' meter sedas que traen de Curazao los piones de a bordo.

—¡Pero si yo vengo de Maracaibo! —arguyó la muchacha—. El único que subió a bordo del tanquero fue el musiú... ¿Acaso yo soy de la compañía pa' atreverme a eso?

—El caso no es que usté subiera, ¡sino que el bojotico bajara!

Tochito escuchaba el diálogo y observaba los hermosos senitos de la morena linda.

—¡Yo no dejo registrar el paquete!... ¡No y no! —resistía la muchacha.

—Mire, señorita, mejor es que lo haga por las buenas; porque si nooo... —y lanzó con la violencia de una pedrada el escupitajo chocante que sabía disparar por el colmillo.

—¡Ah!... ¿De manera que usté me va a obligar? ¿Así es la cosa? Pues... ¡sepa que no se lo enseño! ¡Mire! ¡Mire! —y con una ira encantadora arrojó el paquete al lago.

Pero detrás del paquete, con una violenta resolución, se arrojó también Tochito. Momentos después subía al muelle con el bultico en la mano, apenas humedecido el papel porque la rapidez del nadador lo salvó de sumergirse. Mientras ponía el paquete en manos de la morena ruborizada, explicaba al celador:

—El bojotico de ella sí era preciso registrarlo; pero los cajones y maletas del musiú no, ¿verdad?... ¡Qué bien avisaos estamos los venezolanos! ¡Qué tierra der sirullo, no juegue!

De entre el grupo que ya había ocasionado el incidente, surgió un agente de policía llamado por el celador de aduana:

—¡Lléveselo! —ordenó a secas el aduanero.

Mientras Tochito se dejaba conducir, subiéndose dificultosamente la pretina del pesado pantalón mojado, habló a la morena:

—No impolta, señorita; ¡pero no se deje registral er paquetico, pa' que aprendan a respetal, esta pila 'e sinvelgüenzos!

Un rolazo del policía puso fin a sus frases y Tochito, hombre fuerte de cuerpo y de espíritu, cayó al suelo aturdido, entre la expectación pusilánime de todos, menos de la muchacha.

—¡Cobalde! ¡Desgraciao! ¡Bicho! —gritó María Eulalia, tirando con todas sus fuerzas el paquete al rostro del policía.

La ropa quedó dispersa sobre el suelo, ¡como si en aquel sitio se hubiera desnudado una mujer!

Arrastrándole fue llevado hasta un vehículo, mientras el rostro se le ensangrentaba espectacularmente, pero ya sus ojos inseguros buscaban entre los circunstantes el encuentro con los de la morena hermosa; mas no fue posible. Pudo recobrar el dominio completo de los sentidos allá, en el sucio calabozo de la jefatura, tan conocido por todos sus compañeros.

Tochito habría perdido el puesto en la compañía, pero el coronel le conmutó la pena por multa. Como el preso dijera que carecía de dinero, el coronel explicó:

—Yo puedo hacer venir aquí a Carrillo Varela, ¿comprende? Bueno. Él le empresta los cincuenta bolos y usté le devuelve sesenta el sábado, ¿comprende? Usté pierde diez bolívares, pero no pierde el puesto, ¿comprende?

Convino el pobre Tochito, o mejor: «comprendió». Hizo un encogimiento de hombros, y pocos momentos después salía de la jefatura el guachimán Carrillo Varela autorizando la libertad del preso y prometiendo el dinero para más tarde al coronel. Todavía pudo el obrero percibir cuando el jefe civil guiñaba el ojo al guachimán y decía con autoritario vozarrón:

—Está usté en libertá, pero no se le olvide lo de Carrillo, ¿comprende?

Tochito ganó la calle meditando:

—¡Qué pila 'e vagamundos hay en esta tierra!; er coroner le alcahuetea ar guachimán ese y er guachimán es socio der coroner... ¡Argún día las pagan toas juntas!

Y siguió camino de la compañía mirando con indiferencia el cabeceo de los balancines, succionadores inconmovibles.

Esa misma tarde, al salir del trabajo, fue detenido cariñosamente por un viejo moreno, fuerte, de pelo blanco como los negativos fotográficos: –¿Usté es Tochito?

–Sí señol. Pa' selvile.

–Ceferino Moronta. ¡A la olden! –y el viejo estrechó la mano de Tochito–. Yo soy er padre 'e la muchacha que trajo er bojotico 'e Maracaibo y ya supe la periquera que se folmó contra usté.

–¡Ah... sí! ¡Es que son una punta 'e carrizos, señol Moronta!

–Yo fui a la jefatura –prosiguió el viejo– a preguntal por usté y allá me dijieron cómo era su apelativo; también supe que lo habían soltao y pol eso vengo a pedile que vaya a mi casa, que aunque es muy pobre, es la suya, si gusta.

–Muchas gracias, señol Moronta; no vale tanto lo que hice... y pa' mí es un honol pisal su casa.

–¡También es que Marulalia lo quiere felicitá! –agregó el maestro Ceferino–, polque ella es como yo: que le gusta la gente que no se deja chalequial así como así... –¿Marulalia?

–Es mi hija. La llamamos así pol cariño. María Eulalia se llama ella: María como la madre y Eulalia como mi mamá, que Dios la tenga en su gloria.

–¡Marulalia!... ¡Marulalia!... Bonito y raro, ¿veldá?...

¡Marulalia!...

¡Yo estoy a la olden pa' il cuando usté quiera!

–Pues, vámonos entonces.

–Vámonos.

Marcharon juntos. Tochito repetía mentalmente: «Marulalia... Bonito y raro... Marulalia». El viejo Ceferino Moronta emprendió la tarea de explicar al obrero toda una biografía de la hija inteligente y audaz. Tenía a quien salir, según decía el viejo, porque sus canas de buen padre habían crecido regadas por el

sudor del trabajo y la savia de los desengaños. Ella sabía muchas historias de esta tierra intervenida, maniatada por obra y gracia de tanto explotador.

Y fue así como Tochito vio muy de cerca la sonrisa emocionada de la muchacha adorable y estrechó aquella mano que, por ser menos áspera, pudo sentirla sedosa y blanda cuando la oprimió con su endurecida palma de trabajador.

—Marulalia Moronta.

—José la Mercé Galcía.

Durante el inmenso espacio de un segundo estuvieron fijas las miradas de ambos; después, las manos de ella torcieron y retorcieron un diminuto pañuelito, mientras que las de él hacían girar —como rueda de molino— el sombrero de pajilla, amarillento.

La segunda multa que pagó Tochito fue de treinta bolívares porque llamó sinvergüenza a un empleado público sin saber que lo era, y este sostenía la tesis de que a Venezuela había que tratarla a palos, porque todo pueblo tiene el gobierno que merece, vieja doctrina que han sostenido hasta sociólogos.

La tercera multa, también de treinta, por haber llamado sinvergüenza... ¿a quién?... ¡Ni se acordaba ya! Lo único que no olvidaba era que la palabra sinvergüenza tenía un precio que oscilaba entre treinta y cincuenta bolívares para él. ¡Lástima! ¡Tan bonito adjetivo para calificar a cientos de venezolanos de su época... y tan costoso que se puso!

Pero la cuarta y última multa que había pagado —cincuenta bolívares justos en el momento y diez más para intereses—, era ya el principio de su inquietud revolucionaria. Ocurrió así: estaba hablando con Marulalia por la ventana... y por una tontería riñeron, ¡cosas ya de enamorados!: palabras simples y cándidas que terminan con lo de que «vos no me queréis, quien no me queréis sois vos», hasta que pasó por la acera de enfrente Charles, el yanqui jovencito y rosado, con pelo rubio como

alfandoque muy pasado por el clavo; Marulalia, despechada y lindamente furiosa dijo para herir a Tochito:

—¡Y ni ser catira pa' gustale a un misiú buenmozo como ese!

—Ahí va; si queréis te lo llamo y te lo presento —le respondió Tochito con sorna.

—¡Eso te queda grande! Vos no sois gente como pa' tenel amistá con ese hombre.

El obrero sintió arder el rostro indignado, fingió una sonrisa agresiva y respondió a su vez:

—¡Más grande te queda a vos pensal en hombre blanco! ¡Esa gente no hace café con leche!

—Su esposa no podré sel; ¡pero su querida sí! —y soltó la risa ante la cara dura del mulato que la escuchaba, ya demudado.

Entre ambos, habían planteado íntegro el doloroso complejo de inferioridad sembrado por la diferencia de clases, por la política del dominio de los poderosos sobre los indefensos, por la explotación del hombre por el hombre. Hablaron como los vencidos zaparas frente a la altanería de los conquistadores hispanos. Ella habría podido decir: «Yo, la Malinche y Charles un Cortés»; pero tradujo al lenguaje del presente: «Yo, la querida del musiú».

Por disimular su encono mordiose Tochito el labio inferior y la guapa morena hizo un mohín mimoso tratando de borrar todo el desagrado producido por la enojosa charla; pero en el fondo del obrero fermentaba el odio hacia el pelo rubio, hacia el rostro rozagante, hacia el caqui —que uniformaba en el vestir a todos aquellos hombres invencibles—; cruzó por su mente míster Howard saltando del vaporcito, cargado de maletas que no registraba el celador, y el club de la compañía —solo para extranjeros catires—, y el cercado de alambre de la petrolera vigilado siempre por el guachimán celoso y armado. Por todo eso, despidiose esa noche de Marulalia y no tomó el camino de su casa. Cruzó calles, saludó a compañeros ebrios, evadió

invitaciones al trago... hasta encontrar a Charles en el bar del cine. Se fingió borracho e irreflexivamente tomó el camino de la provocación derramando con torpe mano la botella de soda y el güisqui que tomaba el yanqui.

—Usted ser nativo simpático —decía el extranjero tolerante.

Pero Tochito imitaba la voz alcohólica de los ebrios para continuar la provocación inoficiosa:

—¡Y usté ser musiú ladrón de petróleo, carajo!

El dueño del bar le asió violentamente por un brazo:

—¡Eso no, negro er diablo!... ¡Ni usté gasta un carrizo y lo que hace es molestá la clientela decente! ¡Eche pa' juera! —y le dio un empellón.

No era Tochito el hombre capaz de tolerar aquel ultraje y, con la misma botella de soda del yanqui, dio un golpe tremendo sobre la cabeza del botillero. Lo arrestaron inmediatamente. Permaneció cinco días incomunicado. Al sexto día, el coronel le hizo llevar a su presencia.

—Bueno, Tochito; la compañía no te ha botao porque Charles, el musiuíto, te defendió y dijo que vos estabas bebiendo con él, que fue cosa de palos, ¿comprende? Pero tenéis que pagá la multa de cincuenta bolos pa' salí. ¿Te mando llama a Carrillo Varela? Él está ahí mismito, ¿comprende?

—¡Cómo no, coroner!

«Comprendió» lo del coronel; pero se quedó pensativo sin comprender el gesto del yanqui.

Salió de la jefatura, entró a la compañía y pidió permiso para hablar con míster Charles. El rubio extranjero lo recibió sonriente y juguetón:

—¡Oh señor Tochito! ¡Osté mocho bravo conmigo... sin nada... sin nada! ¡Yo no ser bravo con osté, bicós osté no hacerme nada malo! Osté no creer en amistad hombre musiú, ¿verdad?

Y el arma dulce que estaba empleando el norteamericano para conquistarle, llegó muy a fondo del obrero:

—¡Quién sabe, míster Charles! ¡Usté parece que no es malo! ¡Usté se ha portao bien conmigo!

—Yo ser hombre como osté y osté ser hombre como yo. Osté ser patriot y yo ser patriot. A osté no gustar que Venezuela regale petróleo a Estados Unidos y a mí no gustar que gente mía se meta a gobierno de osté, ¿comprende? Por eso sé que ostedes son bravos con nosotros americanos todos; porque ostedes están gente ofendida y nosotros estamos gente dominadora. ¿Comprende? Por eso yo ser bueno, señor Tochito. Yo ser buen amigo de todos in Venezuela, in todo mundo. Yo ser amigo, ¿comprende?

Y Tochito halagado, responde con pretensiones de saber hablar inglés:

—¡Como no, maifrén!

El yanqui abraza al mulato satisfecho:

—¡*All rigth, my friend*!

Y el obrero salió de la oficina pensativo, comparando ahora aquel repetido «¿comprende?» que empleaba el burdo coronel para imponer sus órdenes extorsionistas, y este nuevo «¿comprende?» que repetía el extraño personaje para rogar que se le entendiera el enrevesado castellano recién aprendido. En su soliloquio Tochito se preguntaba:

—¿Por qué es maifrén este musiú? ¿Es que pueden haber musiúes buenos? ¡Qué raro es míster Charles!

Era extraordinariamente difícil para un hombre del pueblo venezolano comprender que en los Estados Unidos también hay un pueblo tan sano, tan débil y tan oprimido como este. Era incomprensible para Tochito la existencia de uno solo de los yanquis que no representara al propio imperialismo del Norte. Por eso la última multa fue el principio de su inquietud interior, y cuando hubo referido a Marulalia todo aquel sainete de su provocación, mordido por los celos, y la inconcebible reacción del yanqui, ambos intentaron analizar el fondo de los

sucesos sin alcanzar más allá de superficiales conjeturas: ahora no podrían, como antes, acusar públicamente a los americanos como culpables de toda la desgracia obrera; ahora habría que contemplar al «maifrén» catire desquiciando juicios formulados apresuradamente en aquellos días en que solo conocían a los peligrosos gringos.

Marulalia aconsejó interesada:

—Aprovecha ahora la amistá con el musiuíto ese pa' que te acomode mejol y podáis reunil pronto los cobres del matrimonio.

Con una cariñosa carcajada comprensiva respondió el trabajador a la insinuación de la amada, pero supo contestar con nobles dictados de conciencia a la femenina aspiración amorosa: respetaría tanto la amistad del yanqui, que juzgaba inicuo todo asomo de interés personal capaz de manchar tan puro entendimiento; las palabras de aquel hombre habían logrado un milagro de solidaridad humana, nunca soñada por él, y ya ni el pigmento de las pieles ni el color de los cabellos tenían significado alguno ante el lazo de mutua comprensión y mutuo apoyo espiritual.

Frecuente fue el encuentro entre el norteamericano raro y el venezolano desorientado, hasta el extremo de que casi a diario se dieron cita, precisamente en el bar del cine, después de la visita de novio a Marulalia.

Míster Charles, jovencito y optimista, le trataba siempre temas que despertaban nuevos problemas en su mente:

—Trabajo ser mercancía que vende mocho barato al petróleo en Venezuela. Móscolos de obrero ser máquina que se gasta demasiado mocho y compañía no pagar siempre reparación de esa máquina; patronos pagar bueno reparación máquina de acero y pagar también máquina que es trabajador yanqui; pero no querer gastar en Venezuela, ¿comprende?

Más tarde, para ayudar su idioma imperfecto, su castellano paupérrimo, míster Charles llevaba libros en castellano,

folletos que hablaban precisamente lo que él deseaba expresar para su amigo Tochito.

Y la íntima amistad caló tan alto, que una tarde Tochito llegó a la ventana de Marulalia acompañado por míster Charles:

—¡Aquí lo tenéis pues! ¡Y es de los que sí saben hacel café con leche!...

Un encendido rubor de ambos y una risa incontenible de los dos, turbó al pobre extranjero que no podía vislumbrar el fondo de rectificación que encerraba aquella conducta de los novios.

—¡Ustedes ser buenos mochachos todos dos! —y a Tochito— ¡Osté tener novia mocho bonita, mocho bonita!

El obrero, socarrón, ironista, terco, le repetía a su novia la frase que más podía enrojecerla de rubor:

—¡Aquí lo tenéis, pues! ¡Aquí está el catirito! —hasta el yanqui comenzó a reír con la misma risa nerviosa de sus amigos, sin comprender las causas, pero tal vez ambos hombres gozaban de la presencia de aquel rostro encendido de mujer que oculta algo en lo más recóndito de su pudor.

Tochito habló entonces al amigo extranjero, echándole el brazo amistoso en un momento de confianza, y dijo:

—Es que esta Marulalia es muy atravesá, es muy atravesá, ¿comprende? —y usó el «¿comprende?» ahora casi con la misma emboscada intención del coronel, para sofocar más a la novia nerviosa.

Por fin los hombres se fueron juntos, hablando de sus problemas.

—Ah, míster Charles, ¿cómo hacen por ahí fuera los obreros para decil lo que sienten?

—Allá todos obreros en sindicato ser cosa fuerte. Si hacer huelga... nadie trabajar hasta que patrón da más salario. Obreros juntos ser cosa fuerte; ¡obreros separados no servir!

—Ah, míster Charles, ¿entonces allá el gobierno es muy bueno?

—¡Oh no!, señor Tochito. Allá gobierno ser igualito gobierno de aquí; pero obreros es más fuertes... uno poco más fuertes... uno poco nada más. Allá falta también. Allá patrón de fábrica que es millonario, ser amigo de gobierno; obreros también explotados, mocho explotados, pero estar mejor que aquí: ¡hay sindicato!

—Mire, míster Charles, por aquí nos pusimos a fundal una sociedad de obreros, y ¿sabe lo que pasó? Que el superintendente habló con el coroner pa' que se acabara la cosa y vino er coroner, diciendo que no estaba dispuesto a pelmitil que se folmaran focheras en to' el distrito... y ¡zas!..., ¡murió er cochino!

No podía sorprender al experimentado lector de libros revolucionarios que era míster Charles, aquella conducta seguida por los imperialistas y por sus súbditos beneficiarios; toda la historia de las luchas sociales presenta similares ejemplos y no podía ser este país venezolano la excepción. Tampoco pudo alarmarse cuando supo que a los gestores de la idea les esperó la horrenda cárcel de la dictadura o los sinsabores del exilio forzoso; ni mucho menos conocer el calificativo de agitador, enemigo de la patria, etcétera, que se acostumbraba emplear para los hombres que pensaban distinto a los explotadores, en todas partes del mundo. Aquí se utilizaba una frase ya vieja en nuestra historia patria para hablar de los verdaderos patriotas: se decía que propagaban ideas exóticas. Ya un obispo de la colonia, presintiendo el estallar del 19 de abril, había lanzado igual calificativo para los enemigos de su majestad el rey de España y poco después de declarada la Independencia se calificaba de igual modo a los patricios; Bolívar propagó las «ideas exóticas» de los franceses, ¿era raro que ahora hubiera otros propagandistas de iguales «disparates exóticos»?

Mas duró muy poco el contacto entre el rubio extranjero y el obrero venezolano. Solo alcanzó a esbozar los fundamentos

de un sentir revolucionario con palabras entrecortadas por la pésima pronunciación:

—¡Oh, señor Tochito! Jefes patronos ser mocho malos con venezolanos; ayer míster Penn, que ser casado con mujer de aquí, compañía no pagarle alquiler de casa, como a míster Baker, que ser casado con extranjera. ¡Mujer de aquí ser buena, ser bonita, ser mujer como otra mujer yanqui, como otra mujer francesa, como otra mujer española!

¿Por qué no tener todos derechos hombre extranjero cuando se casa con mujer de aquí? ¿Es hecho malo casarse con venezolana? ¿Hay que ser castigado por casarse con venezolana? ¡Eso no *correct*, señor Tochito!

Pocos días después, míster Charles dijo a Tochito, entre una gran carcajada triste:

—Yo irme mañana, *my friend* venezolano. Compañía pagarme todo contrato y..., ¡*lest go*! Yo no gustarle al gerente; yo no gustarle al gobierno tampoco; yo no gustarle a nadie; ¡yo ser peligroso, decir ellos!... ¡ja, ja, ja!

Con ingenua expresión comentó el obrero:

—A mí si me gusta usté, míster Charles. Yo y Marulalia vamos a sentil mucho que usté se vaya —y un irrefrenable impulso humano los hizo estrecharse silenciosamente en un abrazo fuerte, como un ideal; largo, como una historia.

Al día siguiente el extranjero gritaba desde un vaporcito en marcha, poniendo las manos ahuecadas a cada lado de la boca, como un megáfono.

—¡Aló... camarada Tochito!... ¡Yo vuelve después!

Es ahora Tochito una inquietud, un dolor oculto, un problema vago y raro. Él es ya un obrero. Marulalia le escuchará desde hoy sus largas charlas, preguntándole al final siempre lo mismo:

—¿Y cómo se hace pa' cambiá las cosas?

—¡Ya veremos! —contestará Tochito, lleno de un optimismo casi sin base.

IV. Tres hombres y un ataúd

Más bien pequeño el cuerpo, modelado el rostro moreno con líneas arrancadas al severo aspecto del indio y trazados con exactitud de ojivas opuestas cada uno de los dos ojos vivos, impresionantes, de blanquísimas escleróticas y grandes pupilas. Lacio el cabello grueso y brillante. Delgado el labio, recta la nariz. Raro tipo racial que no parecía denunciar al negro del pasado cercano ni al indio americano de la precolombina etapa. Recuerdo asiático tal vez, desprendido de algún inmigrante culí.

Tal el joven nervioso, recién egresado del aula universitaria de Caracas, llamado Trino por necesidad —como decían sus amigos jacarandosos—, porque se dedicaba a oídos, nariz y garganta, a médico, poeta y loco y a predicar en silencio la consigna de la Revolución francesa: libertad, igualdad, fraternidad.

Trino Paz no era un hombre doctrinario en lo político ni definido en lo literario ni capacitado en lo sociológico; era como la mayoría de los médicos venezolanos: un hombre esmaltado por la universidad, con ese brillo de níquel o de cromo que simulan los títulos académicos; acatado por la admiración popular que supone en cada galeno la existencia de un sabio y engreído como todos sus colegas, que sufren por igual el triste mal de la pedantería fofa, de la espectaculosidad ingenua, como los cómicos de a legua que imitan las excentricidades de los Viccos y de los Calvos a la sombra de los campanarios de aldea o a la puerta de las carpas faranduleras.

Mas si mediocre le hacían el medio y la costumbre inveterada de su gremio, cierto también que en el fondo de su conciencia se agitaban preocupaciones hondas, mal definidas aún, pero encauzadas todas hacia la investigación del problema social que le rodeaba. Y fueron esas preocupaciones, esas inquietudes en desarrollo, las que le llevaron a leer menos a Herrera y Reissig que a Montalvo; las que le hicieron dejar a un lado el laringoscopio para adentrarse en los vericuetos de la medicina social y de la ciencia sanitaria; y, por último, le inclinaron sobre *El capital*, como antes se inclinara sobre las amarillentas páginas de *El contrato social*.

Ya por ese camino del encuentro de sí mismo y dejando atrás una vida de anécdotas ridículas, apabulladas de términos científicos y de posturas *clownescas*, entró en rara amistad con el viejo don España, dueño de la funeraria del pueblo y extraño personaje venido no se sabe cuándo de la Península Ibérica, para establecerse como agente de pompas fúnebres en aquel sitio donde la muerte tiene mucho de fúnebre y nada de pompa.

El viejo y el joven charlaban a diario ante la puerta de la funeraria o frente a la del consultorio, dando siempre motivo a que los transeúntes conocedores comentaran irónicos juicios acerca de la amistad de un médico con un enterrador; pero ni el viejo ni el joven prestaban atención a las críticas burlonas de los parroquianos. Siempre parecían estar interesados en tareas pendientes o entusiasmados por inexplicables conquistas recién adquiridas; y cuando don España regresaba de la ciudad en el vaporcito del anochecer una vez en la semana, el doctor Trino Paz se acercaba al muelle para abrazar al viejo español, como si regresara de un viaje largo y distante.

Juntos se iban hasta la funeraria, seguidos por un muchacho mandadero que llevaba al hombro los misteriosos paquetes adquiridos por el español en la ciudad, y que se suponía lógicamente estuvieran formados por todas esas mercaderías que los

habitantes de las aldeas compran en el mercado de las ciudades: buen tabaco, buen vino y buen libro.

¿Cómo se llamaba don España? Tal vez se llamaba Jacinto, porque en alguna ocasión buscó en el correo cartas para ese nombre; pero el pueblo ya le había bautizado con el fácil gentilicio y nadie, ni él mismo, tenía interés en usar otro.

Don España y Trino Paz eran lo que la gente llama una llave inseparable; juntos iban al cine cuando la cinta cinematográfica estaba respaldada por la firma de un Charles Chaplin o de un Paul Muni; juntos se les veía a veces leyendo algún libro o comentando alguna columna periodística; juntos, en las tardes dominicales paseando bajo los cocoteros cerca de la orilla del lago.

Y cuando en el interior de la funeraria fumaban reposadamente aromosos puros y departían en charla amena, no faltaba amigo transeúnte que se acercara para preguntarle al viejo:

—¿Todavía no le ha puesto charol negro a la urna suya, don España? A lo cual el viejo respondía, sonriente siempre:

—Algún trabajo quiero dejarle a los que me entierren, aunque sea pintar el cajón.

Todo el pueblo celebraba aquella macabra previsión del español que consistía en mantener listo un ataúd —todavía sin pintura—, para cuando el muerto fuera él. Y el ataúd parecía presidir desde la altura del estante la vida de don España el previsivo, el hombre práctico que sabía muy bien cómo era de difícil arreglar el sepelio de los enterradores. Estaba hecha la caja a la medida de don España: lo suficientemente ancha para alojar al ventrudo candidato a la muerte. Estaba colocada casi cerca del techo, pero podía subirse a ella por fáciles peldaños, a fin de mantenerla libre de polvo y defendida de polillas; y cuando algún parroquiano vio al español descendiendo del ataúd con un trapo en la mano, don España se apresura a explicar:

—La muerte es como los vapores de guerra que llegan sin pitar; por eso yo limpio mi ataúd todos los días.

Pero las vidas mansas eran sospechosas siempre porque en Venezuela el ojo de los espías era un ojo sabio, indiscutiblemente. Esas vidas austeras, rodeadas de serenidad, abrigadas por la penumbra, daban mucho que pensar a los áulicos de los tiranos y tiranuelos criollos. Si Trino Paz hubiera continuado recitando versos de Villaespesa, pronunciando palabras difíciles del léxico otorrinolaringológico ante el asombro de los neófitos y acentuando mejor su merecido calificativo de loco, nada habría torcido el camino de la fácil felicidad al mediquito de provincia. Pero Trino cambió. Se encontró con don España y su vida dio un viraje radical; pero eso sí, un viraje perceptible solamente por aquellos que le conocían de cerca y sorprendían en el médico aspectos nuevos. Se había despojado del retoricismo con que antes circunvalaba las ideas y ahora utilizaba a estas como instrumentos de cirugía, eficaces y certeras sobre el cuerpo de los problemas sociales; se había desvestido del atosigante chambergo de la pedantería y había archivado en adecuado cajón toda la terminología médico-biológica que hasta poco antes hubo de servirla para condecorar las más vulgares indigestiones. Su cambio era algo así como el de los árboles que toman la fisonomía que les imprime la estación, pero sin dejar de ser los mismos árboles sobre invariables raíces y bajo el mismo sol.

Trino Paz comenzó a hacerse sospechoso por una pueril imprudencia: un día le vieron descender los peldaños que conducían al ataúd de don España, y quien le vio no fue un desprevenido parroquiano de aquéllos que a don España reclamaban la pintura del ataúd, sino un «mosquito», raro espécimen humano así calificado por el pueblo, con nombre de insecto, pero que en la vida ciudadana ostentaba el título de agente secreto. Desde ese momento, el mosquito marchó como sombra detrás del médico, don España redujo el número de viajes a Maracaibo, hubo menos encuentros entre el médico y el enterrador y, por último, el ataúd se cubrió de polvo.

He allí pues un drama sordo, anónimo, ocurrido dentro del pleno corazón agitado del pueblo petrolero. ¡Tres hombres y un ataúd! La vida diaria discurría alrededor de aquel drama sin que nadie pudiera percibir el apresurado palpitar del pulso de un médico que se sentía perseguido y asediado, sin que nadie advirtiera cómo empalidecía inexplicablemente el rostro coloradote de don España cuando el jefe civil pasaba accidentalmente frente a la funeraria, sin que a nadie le sorprendiera encontrar al mosquito disimulado detrás de unos cajones del muelle y mirando de soslayo hacia todas partes.

Eran dramas sin color, angustias dormidas como pájaros entre la tupida ramazón del alma popular, amenazas mudas como las amenazas de los microbios. Pero eran dramas que de súbito estallaban como volcanes tomando el color del fuego, que de pronto sacudían esa ramazón del alma popular y aventaban, espantadas, las angustias con formas de llantos de mujeres, de gritos de madres, de tremendos silencios de la impotencia varonil; eran amenazas de bacterias que hacían muerte inaplazable en el momento inopinado de la virulencia.

Así vivía todo el pueblo... ¡casi sin saberlo! Rebelarse contra aquello era un imposible para todos los que aspiraban a la rebelión; solo habría sido fácil para otros: ¿existían? Sin embargo, la sorda protesta se asomaba a los labios de Trino Paz, cada vez que en sus diagnósticos aparecía un término que señalaba culpabilidad de la compañía petrolera o delataba las consecuencias de una tortura ordenada por la autoridad. La timorata conspiración latía detrás del mal castellano que hablaba míster Charles, aparecía imprudente dentro de las estrofas de una gaita, asomaba cautelosa dentro del lenguaje sugerente de algún infeliz periódico provinciano destinado a morir, o dormía quizá insospechablemente, beatíficamente, como en una catalepsia larguísima, bajo la tapa del ataúd de don España.

Las noticias también formaban parte de aquella maquinaria misteriosa destinada a triturar espíritus para alentar con sus jugos la pira de la rebelión. Corrían como monedas de mano en mano, más que de boca en boca, y en el largo viaje que realizaban para dar la vuelta a un pueblo, ocasionaban mil emociones distintas: a este le hacían desmesurar los ojos de pánico; a aquel le alzaban la presión arterial en un ímpetu de alegría; a otros les pintaba ojeras con los insomnios silenciosos o inexplicables. Precisamente al doctor Trino Paz y a don España les llegó la noticia para no dejarles dormir:

—Acaban de expulsar a míster Charles, el catirito contador de la compañía... y dicen que porque estaba enseñando «doctrinas exóticas».

El médico y el enterrador apenas pudieron mirarse de hondura a hondura de sus ojos. No conocían al míster catirito de quien le hablaban, pero tal vez conocían las doctrinas exóticas. Y como el «delincuente» no puede ocultar la tragedia que le vibra por dentro, sobre todo cuando hay alguien que mencione el «delito», los dos hombres casi delataban su angustia con el silencio enorme que hicieron por comentario. Si ellos hubieran tenido, como Tochito, la suerte de conocer al yanqui jovial, habrían estado en el muelle a la hora de la despedida y tal vez —al ver la nave sobre la lejanía de las olas— habrían creído presenciar el viaje del empolvado ataúd huyendo hacia el horizonte.

V. El maestro Ceferino

¿Cuándo llegó el maestro Ceferino al pueblo aceitero? Nadie lo recuerda. Ni él mismo.

Solo sabía el viejo que fue en una remota ocasión, cuando al petróleo no se le conocía sino por el nombre de mene y el pueblecito era triste, silencioso y dormido, como casi todos los pueblos de tierra adentro en Venezuela; el suelo allá, por la orilla del monte, trasudaba bituminoso jugo espeso y maloliente, zumo combustible y raro cuyo olor no había llegado aún hasta las narices de estos hombres uniformados de caqui y cubiertos con sombreros de grueso corcho. Un vegetal alejado y escondido entre breñas y ñaragatos fluía, por la herida del hachazo, su recina medicinal que era sustento de hogares y que el importador europeo llamaba copaiba cuando la voz popular le designaba cabima; los cocoteros daban su nuez para el aceite —otro aceite más— de buen olor cuando en las pailas se freía la dura pulpa oleaginosa, pero de acre trascendencia cuando el tiempo lo enranciaba; y este aceite —no como el de piedra— iba a consumirse con alardes cosméticos sobre la cabellera graciosa de las hembras o en el vaso, que transformado en lámpara votiva, pestañeaba ante santos de cartón, o se destinaba a iluminar con su llama bailarina la pobreza de las salitas de las casas de enea.

Noches, bajo claros de luna, hacían apacible la vida y el paisaje. Nadie sospechaba entonces que la fogata de los mechurrios de ahora llegara a poner algún día pinceladas bermejas e

infernales sobre la ola mansa del lago tranquilo. En el móvil espejo de las aguas, solo dos luces color de estrella quebraban sus reflejos: la pira del basurero y el farol de la piragua anclada en la orilla. Brisas con sabor de sal y con perfume de hojas verdes mecían los cocoteros dormidos en la costa, y cuando en la lejanía del lago negro chispeaban luceros a flor de agua y en avance lento, los ojos sabios del palurdo pueblerino adivinaban nombres de goletas y balandras:

—¡La Julia Ramona!...

—¡La Cinco hermanos!...

Trinos de la madrugada y avisos crecientes del clarín del gallo, anunciaban la noticia fidedigna del regreso del sol, único rubio que pasaba el día en el pueblo, inversionista de oro sobre el campo, alentador de energías que alegraba pájaros y músculos, para ponerse melancólico a las cinco de la tarde y morirse de romanticismo a las seis, allá donde el cielo se convierte en lago, dejando rosas rojas sobre el agua y en el azul un extraño amarillo, color de venado.

Entre la madrugada y la mañana mediaba el olor del leño ardiente y del café aromoso, y para que las topias del brasero mantuvieran su fuego crepitante, durante el día el hacha de los leñadores bajaba y subía sobre el tronco víctima, y el noble sudor campesino lavaba el cabo de la herramienta. Nada presagiaba entonces que una mañana, en ese mismo sitio, habría de ser plagiado aquel trajín del brazo por el férreo balancín, caricaturando al leñador y eternizando mecánicamente la faena, como una burla al cansancio de los músculos limitados en poder.

Era un pueblo sin vida, pero no muerto; sin vida como el polluelo en potencia dentro del blando cascarón, pero hirviente de promesas cuando el huevo se incubara bajo el ala caliente de la clueca. Era un pueblo alistándose para nacer, lleno de augurios, oloroso a porvenir.

Aquel zumo denso que asomaba en los suelos, anuncio del combustible rico, era el cotiledón del petróleo buscando el sol y habría sido un árbol de porvenir si desde la raíz hasta la hoja hubiera sido venezolano. Porque la verdad es que nunca la agricultura fue promisora en aquellos sitios áridos y no podía esperarse buen fruto de aquel suelo reseco. La riqueza era otra, desgraciadamente no cultivable por manos ignorantes; pero el sano corazón de los hombres no presentía la injuria del inversionista, porque estaba acostumbrado a creer que todo era benévolo y vivificador como aquel sol que alegraba desayunos, calentaba almuerzos y refrescaba cenas, todas de plátano cocido con queso de cabra y chicharrón.

Por eso el viejo Ceferino nunca habría imaginado este presente, de no haber sido sorprendido por la civilización desbocada del imperialismo una mañana: civilización que no entró como el sol despertando pájaros sino avivando codicias; que no pobló de luces las majadas sino de ambiciones las manos insaciables; que no arribó como bajel de paz sino como avalancha de bucaneros en abordaje. Fue un furioso batallón de hombres poseídos del torvo anhelo de lucro y de explotación; abigarrado enjambre de pigmentos de pieles blancas o cobrizas o amarillas o negras, pero todo ello presidido por un solo espíritu de conquista que no era expresión de lucha fértil sino arrebato de absorción y de saqueo; por eso estuvieron juntos en la hora de la invasión el rubio portador del dinero y el criollo fraguador del plan perverso, la avasalladora catarata de dólares comprando conciencias baratas y la tremenda opinión del máuser y del foete quebrando rebeldías.

Se volvieron doradas las monedas de níquel y amanecieron con precio de arenas diamantíferas las tierras yermas de allá adentro, habitadas por cactus y cabimas, los suelos salobres de la costa bordeada de cocoteros, la sipa del fondo del lago y el cascajal del cerro pelado cuya altura enana había servido solo

para que los niños colmaran el ansia de ver su lago como lo ven los pajaritos. Y amanecieron también con precio la conciencia y la inocencia, el hogar y el sexo, porque —como planta parásita— sobre el añejo tronco de las tradiciones, comenzó a trepar el soborno con sus flores de vicio.

Nacieron los sueldos altos y los salarios bajos.

Nacieron tallos de acero a cuyo ramaje llamaron cabria; trepidaron hediondos motores y el machete del campesino cambió de domicilio, abandonando el tronco leñero para irse desde el pueblo hacia la montaña haciendo caminos, abriendo brecha, talando bosques, peregrinando entre dos paralelas de tinta china trazadas enigmáticamente sobre el arabesco de unas cartulinas mudas.

Preparado así el sendero asfaltado, vino por él un carro que tenía por ruedas dólares y esterlinas, y trajo en la cómoda carlinga al jurista criollo, al mediquito obediente y sumiso, al contable atónito que aprendía ahora a sumar y dividir cantidades de siete cifras, al desprevenido muchacho recién estremecido por la pubertad que aristocratizaba su función de sirviente con el título inglés de *office boy*.

El maestro Ceferino mejor que nadie sabe contar lo ocurrido y, narrándole, decía a Natividad cierto día:

—A mí me fregó el doctol Escandela polque pa' entonces er suelo no valía na' y me llegó y me dijo: «Mire, maestro, a usté no le hace farta esa faja 'e tierra y la compañía la pue' necesitá pa' pasal pol ahí un camino —velbigracia—; si usté quiere yo le propongo er negocio». Y yo, que entonces no sabía na' de estas cosas, vine y le dije: «Bueno, dotol, si me consigue dos mir pesos hago er trato»... ¡Parece que lo estoy viendo, cará!... Er muy cipote me abrió las agallas diciendo: «¿Cómo dos mir? ¿Usté está loco? ¡Lo menos que le consigo son cuatro o cinco mir!». «¡Convenío!», le dije yo... ¡Ay cará!... ¿Sabéis lo que pasó? Que cuando fui a filmal la escritura me dijo: «Mire, maestro,

yo puse en er paper que es pol ochenta mir bolívares la venta, polque a la compañía le conviene hacel creel que compró caro». Pero... ¿sabéis lo que era en realidad? Que er muy ladrón lo había vendío pol veinte mir pesos muy bien contaos y a mí nomás que me dio cinco mir... Ja, ja, ja... Y lo bruto que soy yo: ¡quedé contento![1]

El viejo mira hacia el horizonte enrejado por las cabrias, mientras late en su pecho un corazón ingenuo al mismo compás de los balancines que chupan el zumo negro del suelo que le arrebataron.

Después... ¿qué podía hacer? Comprar una pulpería; ver correr por el cajón monedas doradas; contar con delectación muchas aguilitas brillantes cuando sacaba la cuenta del diario. Un día, el jefe civil le propuso sociedad «al partir» para que fuera el viejo quien administrara el robo en la ración de los presos de la policía y como no aceptó el sucio negocio, aquel coronel de la rehabilitación le puso la proa —como decía el maestro—, hasta hacerlo arruinar totalmente. Empobrecido, miserable, hubo de volver al viejo oficio de su juventud: carpintero.

Luego, fabricar tres cruces de curarire en cinco años para marcar las sepulturas de los tres hijos varones que se fueron desde la cabria hasta el cementerio. Y lamentar ahora con tristeza:

—Vale más que hubieran sío hembras los cuatro, aunque se hubieran metío a malucas.

Vencido y amargado, veía la redención hasta en el prostíbulo, porque no sabía verla en la revolución.

Aun cuando aquel José la Mercé García, alias Tochito, había despertado en él todas las simpatías porque en un gesto

---

1 El pueblo de Venezuela llama peso a la suma de cuatro bolívares; por lo tanto 2.000 pesos es igual a 8.000 bolívares y 20.000 pesos es igual a 80.000 bolívares.

varonil supo esbozar una protesta y porque a cada momento usaba la palabra sinvergüenza para calificar a los malos hombres; aun cuando Tochito y Marulalia eran ya una caricia de amor a su lado, algo blanco y dulce que le hacía revivir el buen pasado manso y olvidar un poco la hora aciaga del engaño, el maestro Ceferino recriminaba cariñosamente a la hija, como si un presentimiento doloroso le dictara su experiencia:

—Marulalia, mija... ¿pa' qué te se ocurrió enamoralte de un trabajadol de la compañía?... ¡Como si juera muy bonito er polvenil de ese pobre obrero!

La hija alegre le respondía sincerísima:

—A baile, papá; ¡polque me salió de adentro!

—¡Qué se va a hacel! —comenta resignado el viejo, pero agrega justiciero—, ¡y tan bueno... er pobre!

Satirizando, como si quisiera provocar cariñosamente la ira en el padre, la muchacha pregunta:

—¿Qué querías entonces?... ¿Que me metiera con er gerente?

El viejo rápido, indignado, sube la voz involuntariamente para responder:

—¡Barajo! Ojalá se le ocurriera venilte a enamoral, ¡pa' que sepa lo que es una peinilla saladillera!

Marulalia lanza al aire la linda vulgaridad de su risa escandalosa y el viejo cambia el gesto agrio por la sonrisa tierna. Así los encuentra Tochito que trae el sombrero en una mano y los dedos de la otra trenzándose entre el pelo enmarañado:

—¿Qué hubo, viejo? ¿Cómo está?

El maestro, sin mirar al visitante —porque es costumbre y no un acto despectivo— responde su frase habitual:

—Entre fuelte y durce como er guarapo... ¿Y vos?

Con otro refrán explica Tochito:

—La misma balca atravesando er río...

La muchacha se acerca al amado, le abrocha el tercer botón de la blusa, le quita el sombrero de la mano áspera mientras

ella introduce con brusco gesto su manita graciosa en el bolsillo del hombre, porque quiere esperar la respuesta, el cariñoso regaño, que siempre ha consistido en un manotón seguido de la reprimenda amable: «A los hombres no se les curucutean los bolsillos». Pero esta vez no ocurre tal cosa. Tochito permanece insensible, meneando los dedos entre el cabello revuelto y mirando las cercanas paredes como si observara lejanías. Ella acentúa el registro provocador sin obtener reacción, ensombrece entonces el rostro hermoso y se atreve a preguntar un tanto temerosa:

—¿Qué te está pasando a vos, Tochito?

Y no es solo ella quien espera la respuesta, sino que el maestro Ceferino también vuelve el rostro y pregunta con el silencio de sus ojos cansados.

—Aquí pensando en una jaiba que no me puedo desplical —anuncia Tochito—; imagínense ustedes que a místel Charles lo botaron pa' Nueyol polque y que es peligroso. Un hombre tan rebueno, cará.

Es el maestro quien responde:

—Pol eso mismo... Si hubiera sío maluco como los demás, ¡estuviera en la guama!

«Maluco» era la traducción de explotador, de frío extorsionista; la guama era el plano alto desde donde surgen las voces de mando y las directivas del poder. Idioma simplista y extraño que define las cosas con voces que no están en el diccionario, pero lenguaje propio con el cual el pueblo expresa lo que habla su conciencia, míster Charles y Tochito y el estafado maestro Ceferino, sentían la necesidad de bajar la guama hasta el nivel del plano de todos los hombres; por ello míster Charles era el más «peligroso», encaramado allá en la guama, donde solo podían tener butaca los malucos. Así, con esta alambicada dialéctica, es como podía tener explicación lo que ocurría, es como la mente de los tres personajes concebían la realidad.

Sin intención de acatar esos ritos que el mundo ha inventado para rendir homenaje a los caídos, usando el silencio como símbolo, los dos hombres y la muchacha se han quedado mudos, todo un largo minuto pensando en míster Charles.

VI. Sarita, la turca

Algo estaba desajustado dentro de aquel mundo de incongruencias. El más indiferente observador podía enterarse de que faltaba la lógica en todo cuanto ocurría, de que todo resultaba explicado por absurdos y equívocos. Reinaba la insensatez y la chabacanería. Como nadie se atrevía a comunicar sus pensamientos a los demás, se sentía una ausencia de pensamientos casi limítrofe con el vacío. Por ello don España le decía a su inseparable amigo Trino Paz aquellas frases chascarrillescas:

—Este no es un pueblo, sino un manicomio; aquí las cabezas se han quedado huecas y solo quedamos usted y yo con una miaja de preocupación: será porque la naturaleza le tiene horror al vacío.

No parecía un grave suceso la expulsión de míster Charles y sin embargo se había desencadenado una rara tormenta inexplicable. Todo el ambiente estaba como influido por aquella circunstancia. Hasta el drama del turco Elías parecía tener su raíz en el extrañamiento apresurado del yanqui indeseable.

Sarita, la turquita, ni se llamaba Sarita ni era turca. Era solamente la esposa del turco Elías y había repartido sonrisas y miradas pecaminosas por todo el pueblo. El turco Elías, vendedor ambulante, recorría las calles con un azafate colmado de bisuterías, pero regresando constantemente hasta la puerta de su casa en un vigilante celo que daba pábulo a burlas y cuchufletas crueles:

—Elías, ¡pela el ojo! —le gritaban los chiquillos y agregaban obscenas invectivas.

Y precisamente ahora, coincidiendo con la expulsión del musiú y con el regreso del jefe civil que había viajado a Maracaibo para gestionar la medida oficial complaciendo al departamento legal de la compañía, ocurría la injustificable prisión del turco Elías.

Fue un breve arresto de pocas horas. Le administraron tres foetazos en la jefatura, se negaron a escuchar las quejas del infeliz buhonero y lo echaron a la calle propinándole varios empellones que derribaron el azafate e hicieron saltar muñecas y joyas de oro sobre el suelo. La voz de Cambula, el jorobado bárbaro que tenía fama de torturador, le hizo saber al humillado extranjero:

—¡Y no te se ocurra pasar por tu casa mientras el coronel esté con Sarita!... ¡Ya lo sabéis!

Impotente, sometido, vejado y cobarde, el turco Elías no se detuvo a recoger la mercancía esparcida en el suelo. Avanzó como inconsciente, descorazonado, con su azafate colgado del pescuezo por la correa de cuero sucio. Avanzó sin rumbo, calle arriba, calle arriba, calle arriba... y con los ojos empozados de lágrimas, la voz temblona y sollozante, lo encontró la noche muy lejos del pueblo, sobre los arenales desiertos, voceando nombres de objetos que no había en el azafate vacío:

—¡Los beines... las beinetas... las buntas bordaaa!

No pudo escuchar el grito del guachimán porque los oídos estaban ajenos a su propio cuerpo; había avanzado sin saberlo hasta adentrarse en las zonas más vigiladas; alta fue la voz que le advirtió:

—¡Epa! ¡Eche pa' atrás, que esto es de la compañía!

Pero el turco prosiguió la marcha sorda hasta que un balazo certero le hizo rodar.

Al siguiente día, luego que le hubieron aplicado primeros auxilios unos practicantes de la compañía, fue arrojado a un calabozo de la jefatura bajo la acusación de haber intentado un conato de incendio en los depósitos.

Carrillo Varela ordenó redoblar la vigilancia de aquellas zonas, porque las cosas no estaban muy buenas y el musiú expulsado como que había dejado prendida la mecha.

—¡Yo mismo me voy a ocupar de vigilar eso! —decía Carrillo Varela para dar más vigor a las medidas previsivas.

¿Qué hizo míster Charles para que se conmoviera tan profundamente aquella jauría de bárbaros? ¿Por qué su nombre se aprovechaba ahora para perpetrar los más espantosos crímenes, las más odiosas villanías y las más injustas persecuciones?

Los que hasta ese momento habían sido sospechosos porque los mosquitos denunciaron «cosas extrañas», tuvieron que temblar de pánico; se sintieron asediados, rodeados de ojos escrutadores por todas partes. Un grupo de hombres armados, pero sin uniforme que simbolizara su carácter gubernamental, entraron de súbito a la funeraria de don España. Estremecieron las estanterías y derribaron urnitas blancas y ataúdes negros; de pronto perdió el equilibrio el famoso ataúd que el español decía haber destinado para sí y rodó, con pesado estrépito, dejando sobre el suelo un reguero de libros: ¡Plejanof!... ¡Kautski!... ¡Vladimiro Ilich!

Instintivamente se cerraron los ojos del español, mientras se abrían jubilosos los de los mosquitos. Leían los títulos y hacían comentarios burlones:

—¡Mira este! Debe sel pa' enseñal a hacel cobres polque se llama «Er capitar».

Tanto a don España como a sus libros los lanzaron violentamente hacia el interior de una camioneta. El público presenciaba aquello sin entender.

Al siguiente día, muy de mañana, un agente de policía llegó al consultorio del doctor Trino Paz:

—Que le manda a decil er coroner que le haga el favol de il a la jefatura, ¡pa' que vea un preso que está muy quebrantao!

Vestido con la blusa blanca, llevando en la mano el maletín y colgándole del cuello el estetoscopio, se dirigió hacia la jefatura el médico. Abatido, nervioso, presintiendo que el enfermo sería el amigo fraternal, traspuso la puerta.

Pero nunca regresó a su consultorio.

Allá dentro, en el infecto calabozo donde le encerraron, encontró al turco Elías. Tendido en el suelo, con la pierna herida envuelta en vendajes impregnados de coágulos ennegrecidos, el turco hablaba con entrecortada voz los disparates que le dictaba la fiebre altísima.

—¡Sarita, no! —decía—. Ella se llamaba Asbasia... ¡Asbasia!... Toda la noche, todo el día, todas las otras noches y todos los otros días, mientras duraba la vida en las turbias pupilas y en los resecos labios del turco Elías, tuvo que escuchar Trino Paz aquel nombre de mujer, como una cantilena:

—Asbasia... Asbasia... ¡Asbasia!

Y cuando hubo muerto entre sus manos de médico, entre sus manos vacías, incapaces, impotentes, desahuciadas, el doctor Trino Paz quedó repitiendo involuntariamente aquel nombre odioso:

—¡Asbasia maldita! ¡Asbasia!

VII. Guineos y otros negocios

No esperó el jefe de labor la clásica hora de los sábados en que se mueve con mecánica eficacia el tarjetero del *pageroll* mientras las manos ásperas de los obreros se extienden esperando el salario. No.

Inesperadamente, recibió Tochito una llamada y la cara dura del jefe de labor era suficiente explicación de la orden de pago.

Orden de pago es la frase que significa despido en aquel idioma convencional.

—¡'Ta bien! —respondió Tochito y se retiró pensativo.

En su marcha lenta sí miró ahora con fijos ojos el constante cabecear de los balancines incansables chupando, chupando, chupando. Y llegó hasta el muelle inconscientemente. Allí estaba el coronel esperando a su secretario que precisamente entraba al puerto en una lancha gasolinera de las del tráfico ordinario. El funcionario saltó a tierra cargado de paquetes, y en los momentos en que entregaba a su jefe algunas cosas y formulaba el respetuoso saludo de rigor, tendió la mirada hacia el abatido obrero y comentó con ínfulas de adivino.

—Ah, coronel, ¿cómo que rasparon a Tochito de la compañía?

Tochito respondió sorprendido:

—Sí me rasparon; pero lo que me parece raro es que usté lo sepa tan ligero; imagínese que me acaban de dal la olden de pago y usté ni siquiera estaba aquí.

—¡Es que «nosotros» sabíamos que el toro te iba a llevar en los cachos! —explicó el coronel dándole énfasis a la palabra nosotros, como para enterar a todos de que ellos, los gobernantes, estaban estrechamente vinculados a los altos magnates petroleros.

Pero Tochito y los otros circunstantes que escuchaban no pudieron entender de inmediato la parábola del toro, y el obrero preguntó:

—¿El toro?... ¿Qué toro?

El coronel dictó la hermenéutica:

—¿Qué toro? ¡El musiuíto que se fue! ¡Ah, hombrecito entaparao! Imagínense que la compañía no podía ni botarlo, porque le habían firmado un contrato en Nueva York y el plazo era largo; porque eso sí, el hombrecito es un rolo 'e jefe como contador. Tuve yo que hablarle al general para que el ministro lo expulsara del país como persona indeseable; porque si no el musiuíto se queda arrejerao ¡echando labia y labia!

—¿Y yo qué tengo que hacel con eso? —interrogó Tochito.

—Yo no sé... —dijo con sorna el coronel—. Y alístate vos, Tochito García, porque ya estáis en la lista negra y no te vuelven a recibir en ninguna compañía petrolera ni que hagáis como todos los animales.

La perspectiva de aquel boicot insufrible le hizo estremecer, pero fingiendo coraje respondió solamente:

—¿Así es la cosa?... 'Ta bien.

Sin otra palabra se lanzó a caminar calle abajo el pobre obrero con mucho de decepción y pesimismo, pero también con una inexplicable satisfacción de haber hecho algo —algo desconocido—, pero algo bueno, ¡tal vez!

Ya estaba en la lista negra, en esa lista fabricada por las empresas petroleras para censar la población de la dignidad, porque en ella anotan todos aquellos nombres de quienes un día dejaron escapar la protesta, formularon la maldición o alzaron la voz más alta que las cabrias, más alta que los rascacielos de

Wall Street. Es una lista ignominiosa, donde mezclan en injuriosa promiscuidad los nombres de ladronzuelos miserables, de los reos de delito auténtico, con los de aquellos venezolanos que no tuvieron suficiente capacidad de sumisión y un día cualquiera expusieron su protesta, o lo que es más natural aún: despertaron inopinadamente y comenzaron a ver la dolorosa realidad de su patria. Pero la lista negra es como una amenaza de ostracismo eterno para el trabajador; ostracismo sufrido dentro de las propias fronteras de la nación, pero completo extrañamiento, porque nunca más podrá volver a ganar el pan un obrero en la máxima industria de su propia patria, debido a que la lista negra está siempre en los archivos de todas las empresas, y aquel que ingresa en ella —aun cuando sea en momentos en que trabaja en la más apartada región, en el más remoto campamento— pasará inmediatamente a todas las copias de la famosa lista a lo ancho y largo de todas las zonas petroleras. Para confeccionar esta lista y aplicar la tremenda sanción que ella implica, no existen las famosas contradicciones del imperialismo ni intervienen motivos de competencia comercial; la lista es exacta para anglo-holandeses y yanquis, porque el puño que la aplica tiene un solo nombre: imperialismo y nada más.

Sin embargo, el secretario de la jefatura civil, picapleitos y pseudointelectual, encontraba siempre una argumentación jurídica para explicar esas nuevas leyes represivas que iban invadiendo a la pobre Venezuela, y un día justificó la lista negra diciendo aquello de que todos los venezolanos son iguales ante la ley, razón por la cual patriotas y bandidos debían ser iguales para la lista.

Después de haber desandado calles como iluso, enfrascado en un hueco de pensamientos negros, Tochito llegó hasta la casa de su novia y lanzó la mala noticia desde el centro de la salita mínima:

—¡Me rasparon de un solo mamonazo! ¡Me botaron de la compañía! —Marulalia se quedó silenciosa y asuntada, observando a Tochito de pies a cabeza.

—¿Pero fue que peliastes? ¿Llamastes sinvergüenza algún musiú?

—No —respondió el obrero—. Si ni había hablado hoy... Er «coroner» dice que es polque místel Charles me llevó en los cachos, yo ni me desplico esas cosas, pero aquí debe de habel gato encerrao.

Y recorriendo la salita como si revoloteara detrás de una lógica inalcanzable, repetía:

—Sí, Marulalia: aquí hay gato en mochila... ¡aquí hay gato en mochila! Las cosas están muy feas: están presos er doctol Paz, don España... y parece que mataron al pobre turco Elías.

¡Aquí hay gato en mochila!

La muchacha comienza a inquietarse aun sin encontrar motivo claro de su inquietud; pero comprendía que no era solo el despido y la amenaza que podía cernerse sobre su hombre, sino también algo peor, proveniente de las otras fauces devoradoras que eran las cárceles de la tiranía. Pero no se atrevió a expresar aquellos malos augurios y solamente advirtió:

—Y... ¿ahora?

No podía responder el pobre obrero. ¿Ahora? Ahora el hambre anunciaba su visita bárbara. Ahora quedaba detrás el petróleo «para otros» y por delante un vacío inmenso, como el horizonte, para él.

¿Ahora? Seguir viviendo sin saber de qué ni para qué: ¡pero seguir viviendo! Marulalia estaba ahí, silenciosa como su angustia. El suave movimiento de la respiración hinchaba su seno hermoso y Tochito fijaba la vista indiferente sobre el palpitar de aquella carne asustada.

Los ojos de ambos recorrieron después la salita sin encontrarse nunca.

—¿Queréis los cobres que estabas ajuntando pa'l matrimonio?

Un sacudimiento agitó el espíritu del obrero. ¿Sería que el amor, igual que el jefe de labor, formulaba también el rechazo? Y con parecida voz a la que ella había empleado para decir: «¿Y ahora?», pronunció él: ¿Y entonces?...

Pero la ingenua explicación y sana lógica lo curó del golpe:

—En la calle y sin trabajo no podéis quedal; siquiera con esos cuatro cobres podéis ponelte a hacel argo.

—También es veldá... ¡Qué se va a hacel!

Y recibió de la novia cuatro aguilitas envueltas en papel de seda, los billetes enrollados y atados con hilo, y los dos últimos fuertes que guardara, sueltos, casi no impregnados del perfume que despedía la caja de jabón de Reuter que hacía de cofre.

«De cualquier modo se gana el frito», se dijo, y se echó a la calle de nuevo. Pasó varios días sin resolver nada, estudiando un negocito, según su propia frase. Iba de noche a visitar a Marulalia y casi no hablaba, sino que leía periódicos, como deletreando. De pronto dice a la novia:

—Fíjate en lo que dice este periódico, Marulalia: «Josefina Corredor desea saber el paradero de su hijo Manuel, de treinta y dos años, color trigueño, ojos negros, pelo crespo, alto y delgado, quien se ausentó hace tres años para trabajar en una compañía petrolera en el Zulia. Se agradece a la prensa de Maracaibo reproducir esta súplica, y a quienes puedan informar, dirigirme carta a Ejido, estado Mérida. Dios pagará este servicio prestado a una madre adolorida, que está en la más absoluta miseria».

Al quitar los ojos del diario, busca los hermosos y brillantes ojazos de la novia y comenta:

—¿Te acoldáis de Manuer Corredol, aquel que se la pasaba con Jacinto Pérez?... ¡Cómo no!... De Jacinto sí sé que murió quemao en el T-58 cuando el incendio; pero ¡der negrito Manuel ni me acordaba!

¡Pobrecito!

Se queda en silencio un rato y luego reanuda la charla:

—Yo no me quemé en el T-58 polque no estaba de pasal; hacía un momento que me había llamao el ingeniero, ¡cuando de pronto se levantó la fogará!... ¡Cará! ¡Así debe de sel er infielno! ¡Ah cosa pa' fea!

¡Sonaba la llama como cuando se bate la escandalosa de una goleta con el brisote!... ¡Y esa humasón!... Bueno y pa' que vos viais, no se muerieron muchos esa vez polque la gente estaba medio pelizorrera aunque el giólogo dijo que fartaba mucho... No más que se muerieron treinta y dos... Otro minuto de silencio y continúo hundiendo la charla en el negro fondo de los recuerdos espantosos:

—¡Ah!... ¡Ahora que me acueldo!... ¡Sí hombre, ya sé!; ese Manuer Corredol no se murió quemao; ese se murió de mengua, pol curpa 'e la compañía. Ese murió polque le reventó una bombona 'e gas y ya cuando lo llevaron a Maracaibo estaba más de allá que de acá.

Lo que faltaba, que era la descripción de aquella mañana trágica en que Manuel Corredor perdió a vida, no era para animar la charla de unos novios, aun cuando esos novios estuviesen circundados por el trepidante ambiente del petróleo. Y Tochito prefirió quedarse con los ojos idos, pensando y caminando con la mente hacia aquel pasado feo; la bombona de gas había hecho explosión, y la violencia de la descompresión convirtió en proyectiles potentes los granos de arena y los guijarros del suelo; Corredor recibió toda aquella descarga y la tierra se incrustó bajo su piel, acribillándole; deformado y dando alaridos fue trasladado al dispensario para la cura de emergencia y llamaron al doctor Otati. El médico no pudo ocurrir inmediatamente porque estaba desayunándose, y cuando llegó a verle más tarde, arrugó el entrecejo y dictaminó a secas:

—Este hombre está grave. Hay que llevarlo a Maracaibo.

Si se hubiera tratado de un extranjero, de un citizen de Norteamérica, la compañía habría utilizado la más rápida lancha gasolinera; pero era solo un *native* de Venezuela y no era prudente ocupar el vehículo reservado a casos urgentes de la empresa. Apresuraron la salida de una de las lanchas del servicio habitual y transcurrieron dos horas largas durante el viaje; después tardaron una hora más entre el desembarque y el transporte en un automóvil de alquiler para llevarle del muelle de Maracaibo al hospital de la compañía. Después... después debieron enterrar su cadáver, porque de Corredor no se había sabido más nada.

¡Fue otro que se tragó el subsuelo!

De súbito sorprende Tochito su propio silencio y trata de excusarse ante la novia que le estaba mirando alelada:

—¡Ay cará, Marulalia!... ¡Es que se me fue la totuma pa'otro lao! Estaba recordando la muerte de Manuer Corredol. Que debió de morilse en los mismos días en que estaba en er hospitar enfelmo er tuelto Leovigirdo, curándose der ojo que peldió pol curpa 'e la criozota que tienen las maderas que usa la compañía.

Aun cuando aquellos temas crispantes, desoladores, habrían sido capaces de angustiar al más desprevenido oyente, no impresionaba tanto a la muchacha acostumbrada a ver sucesos espantosos a cada momento; en cambio, la obsesionaba el desempleo del novio, y por eso planteó lo siguiente:

—¿Qué te parece, Tochito, si te cambiáis er nombre? Vos sabéis que los que ponen en la lista negra tienen que cambiase er nombre pa' podel conseguil trabajo en otras compañías. ¿Pol qué no hacéis lo mismo?

—¡Eso no! Yo prefiero que me dejen en la lista y que no me den trabajo. Eso que pasó con Corredol fue por habese quitao er nombre, pa' volvel a conseguil puesto, quizá. ¿Qué nombre tenía cuándo lo enterraron? Y ahora ni se sabe dónde estará, ¿en el camposanto?, ¡ni nadie le puede garantizal a su madre si

está vivo o si está muelto! ¡Ni yo mismo! Polque no es la primera vez que de pronto me topo con un compañero que se murió de mentirita y cuando menos se piensa sale er difunto pidiendo ron. ¡Ni de capirote me atrevo yo a escribile a esa señora diciéndole que Manuel pasó er páramo!

—Entonces, ¿qué pensáis hacel?

—Estoy planeando un negocito que me dijo er malgariteño Chito Soliz. Polque te diré: Natividá me estaba aconsejando que me pusiera a dal esos cobritos a premio pa' hacele la contraria a Carrillo Varela, pero eso es un fracaso; ni a mí me pagarían como a ér, polque no tengo apoyo der coroner, ni a mí gusta ese negocio. Me acueldo de míster Charles que me decía que los que especulan con er capitar sin trabajal y se valen der trabajo ajeno... esos son unos ladrones; ¡contra esos hay que il! ¡Er que no trabaje que no coma!... ¡Ah hombre ese, Marulalia! Hablaba como si supiera toítas las cosas der mundo; me decía como debía de hacerse un gobielno der pueblo; me desplicó que la gente pesá no tenía polque vivil sacándole er jugo ar trabajadol pa' echal lujo y dase gustos, ¡ah hombre pa' sabel cosas, Marulalia! ¡Con mir hombres como ese, se compone esto!

Pocos días después, Tochito no asistía a la visita de novios. El trabajo le absorbía todo el tiempo. Detrás de un mostradorcito forrado en láminas de zinc, pasaba el día vendiendo y discutiendo precios. Le había comprado el negocio a Chito Soliz y ahora ponía en práctica todos los consejos que le diera el buen margariteño, quien ya estaba rico porque había ahorrado veinte mil bolívares y sentía el deber de volver a su isla hermosa, como hacen los buenos ñeros neoespartanos. Había aprendido Tochito a usar una botella de güisqui etiqueta negra para envasar el contenido de otra etiqueta roja, porque por ahí pasaban los jurungos ya borrachos y pedían siempre «wikey and sode»; había aprendido a hacer sándwiches y perros calientes, porque ya no se usaban las empanaditas ni las mandocas sino para

complacer a muy pocos clientes; y había aprendido a adularle al otro margariteño, Felipe, porque se decía que tenía más puntas que una guaya y más relaciones que una mujer maluca.

Solamente los domingos, después de cerrar aquella venduta que él llamaba mi gato, podía hablar con Marulalia. Al gato iban los antiguos compañeros a tomarse los palitos preliminares de la tarde todos los días, hasta que una vez el coronel les dijo a varios obreros:

—A ustedes les va a salir cara la visita esa al gato de Tochito; cualquier día lo saben en la compañía y los pasan por el filo, porque lo que es Tochito no se quita de encima er sambenito que le dejó míster Charles, el musiuíto.

Y poco a poco, dejaron de asistir los compañeros al gato de Tochito. Cuando supo la causa se mordió los labios: ¡bien sabía él el precio de cada «sinvergüenza» que pronunciara! Apenas lo comentó con el margariteño Felipe:

—Ese carrizo me tiene cogío er número; pero ¡argún día me las paga toas juntas!

Felipe no faltó como los demás. Como él no trabajaba en el taller de mecánica ni en la perforación, gozaba de mayor autonomía traficando calles y haciendo gestiones ordenadas por el jefe del depósito de abastecimientos. Precisamente esas características de su trabajo le rodeaban de atenciones y de adulaciones, puesto que los comerciantes se interesaban en tan excepcional comprador. A Tochito le contrató setecientos racimos de guineos diariamente y le pidió una moderada utilidad porque el sueldo no era bueno y había que redondearse algo con las ñarras.

—¿Qué es eso de ñarras, compae Felipe? Y respondía:

—Ñarras son esos cobres que se quedan pegaos al borsillo como ¡por milagro de la Virgen del Valle!

—Pero bueno, Felipe, ¿pa' qué son esos guineos todos los días?

—Ah compae, tú sabes pa' qué son los guineos. Te lo voy a decí, aquí entre nos. Pues es que los barcos petroleros pagan un impuesto de no sé qué a dos bolívares la tonelada; pero cuando llevan frutos del país ¡pagan un bolívar no más!

—¡Ah! —respondió Tochito, mientras el margariteño reía.

—¡Esos sipotes sí que son avispaos, cará! Con cuatro guineos podríos le ¡maman el gallo a la ley!

Esa tarde recibió Tochito un papelito de Marulalia que decía así: «Cerrá temprano hoy para que Bengais a casa que tengo que dexite un cecreto, María».

VIII. El coronel

La hija del coronel era alta, rubia, elegante. Contrajo relaciones amorosas con el doctor Otati, médico yaracuyano. Antes de esas relaciones, el coronel no era coronel; era simplemente recaudador de una planta eléctrica y se había dado a conocer como activo defensor de los intereses de la empresa. Con el recibo en una mano y la amenaza en la boca, se presentaba ante los suscriptores atrasados en el pago. Su gran actividad de denunciante o sospechador de contrabandos, le hizo del aprecio de sus jefes. Pero un día el doctor Otati resolvió sacarse la linda rubia hija del recaudador. Y cuando conquistó la calidad de yerno, no pudiendo lograr una colocación lucrativa para el suegro en la compañía petrolera donde prestaba sus servicios de médico, logró, en cambio, una recomendación del gerente para el presidente del estado; seis días después se le nombraba jefe civil del municipio petrolero y la costumbre oficial le asignaba el título de coronel.

Desde entonces, su título y su cargo dependían del gerente de la compañía y de la paz concubinaria de los esposos Otati.

En nada se relacionaba la estabilidad de su cargo con el concejo municipal ni con el jefe civil del distrito, puesto que la edilicia cámara dependía directamente del presidente del estado, y el jefe civil del distrito —llamado gobernador— solo se ocupaba de cobrar multas y enviar huevos chimbos a Maracay.

Lo de los huevos chimbos también merece narración.

Cierto día, un tío de este gobernador que nos ocupa llevó a la capital de la República varios frascos de huevos chimbos —el dulce típico de la región zuliana— preparados por la suegra de nuestro personaje, y los presentó en obsequio a Juan Vicente Gómez. El Benemérito saboreó con gusto la delicada golosina y advirtió a su amigo:

—¡Anjá! A esta viejita hay que pagarle con algo. ¿Tiene hijos?

—No, mi general —se le explicó—, ¡pero tiene un yerno muy serio y muy correcto por cierto!

Y Juan Vicente resolvió:

—Anjá, ¡le voy a mandar decir al presidente de allá que me lo nombre jefe civil!

De este modo resultó nombrado gobernador de distrito (y coronel, por consecuencia), pero quedando moralmente obligado a suplir la existencia de huevos chimbos en la despensa del caudillo de la paz.

¿Puede alguien negar el gran fondo lírico de la política gomecista? Miel de huevos chimbos y rubia miel del blondo cabello de una mujer hermosa respaldaban las candidaturas de dos importantes miembros del Ejecutivo distrital de un rico rincón de la República. Y la cosa pública resultaba, como en los clásicos endecasílabos: «...dulce y sabrosa» como la fruta del cercado ajeno.

Sin embargo, no era feliz el coronel; en primer lugar, porque resultaba sujeto a circunstancias tan «sentimentales» y, en segundo lugar, porque cada llamado del presidente del estado le hacía palidecer:

—¿Le habrá disgustado algo al general? ¿Tendrá alguna queja de mí la compañía?

Y también le proporcionaba un largo rato de angustia el día último de cada mes, cuando por descuido del cajero de la petrolera se tardaba en llegar a la jefatura el sobre contentivo de la

«subvención»; esperando meditaba preocupado, sin apartarse de la puerta de la jefatura:

—Si la compañía no me manda la subvención, es seguro que me destituyen, porque posiblemente han recomendado a otro.

¡Vida de azares y de arduas labores la del coronel!

Tener que conocer a todos los habitantes del pueblo para no perjudicar a quienes tuvieran vínculos con la compañía; conocer también a quienes fueran blanco de las antipatías del gerente, para hacerles insufrible la vida hasta eliminarlos; temblar de obediencia ante las lenguaradas de los jefes yanquis y temblar de cólera ante los indefensos parroquianos que cometieran el atentado de denunciar los abusos frecuentes de la empresa petrolera; vigilar el juzgado del municipio y estar siempre atento para hacer cumplir las disposiciones del departamento legal de la compañía; por último, recibir reprimendas de los abogados del petróleo que intervenían hasta en los más fútiles problemas.

—¿Usted no se fija en el perjuicio que ocasiona a la compañía con eso de estar exigiéndole permisos para viajar en los vaporcitos de ella a particulares?

¡Y el odio de todo el pueblo sobre sus espaldas, ya que no sobre su conciencia!

Ir al cine con dos espalderos bien armados; asistir a los bautizos anunciándolo previamente a la comandancia de policía ¡para que se vigilara la reunión!

¿Felicidad alguna? ¿Cuál? Claro que sí constituía orgullo de ser hombre de confianza del general y del gerente: pero esa dicha que proporciona el divertirse sin la preocupación de estar amenazado por algo, el de leer hasta la abstracción sin recordar siquiera que tenemos espalda, ¡eso jamás!

¿Cuál era su recreo? Pasear de tarde en automóvil sobre el asfalto reblandecido de las carreteras privadas de la compañía, era todo su placer, uno que otro míster le lanzaba su *goodbye* seco y nasal... ¡y nada más! Reducía por tanto su diversión a

deleitarse viendo las simétricas calles bordeadas de hermosas casitas de madera, levantadas sobre espigas de cemento y bien provistas de rejilla metálica para burlar la acechanza del zancudo; el limpio cuadrilátero del tenis; la piscina amplia de aguas azules en la que lindos rubiecitos nadaban alegres y ágiles, musculados y rollizos; los muslos de leche de las americanas semidesnudas, paseando sus blúmeres inquietantes bajo telas transparentes. ¡Nada más! ¿Cuál otra diversión podía haber en aquel pueblo? ¿Visitar los barrios obreros? ¿Para qué? ¿Había algo que ver dentro de aquella miseria?

¡Claro que no! Eran callejuelas sucias, de pisos arenosos; casas hechas como parapetos construidos con tablas de pitchipain de embalajes ya rechazados, techos bajísimos de hierro galvanizado que se calentaban en el mediodía hasta fingir un oleaje de fuego bajo la furia del sol; mujeres despeinadas y haraposas sentadas en los quicios de las puertas; chiquillos ventrudos, exhibiendo sobre la piel desnuda de las barriguitas los chorros secos del chocolate de agua o del cacao negro que tomaron.

¿Podía él, un coronel de la rehabilitación, meditar en que eran aquellas las casas de quienes daban sangre y sudor para la más grande industria del país? ¿Podía sentir sobre su rostro la injuria que significaba aquella frontera asfaltada de la carretera, poniendo a la derecha el bienestar y el lujo, y a la izquierda hambre y andrajos?... ¡Claro que no!

¡Pobre coronel! No era ni siquiera un factor consciente de la tragedia nacional; era apenas una víctima más de aquella colonización bárbara e ignoraba ser a la vez instrumento ciego, automático, de la máquina de represión. ¡Pobre coronel! ¡Cómo era de imbécil y de ladrón y de desgraciado!

Un día recibió el coronel la visita del otro coronel inesperadamente. El otro coronel, el gobernador, traía algo importante para comunicarle; se trataba, nada menos, de que en la cabecera del distrito ¡no había huevos! Aquellos malditos parroquianos

parecían haber cometido la estupidez de echar todas las cluecas y, por lo visto, como que existía una cluequera epidémica. Total, ¿cómo conseguir suficientes huevos para los chimbos del jefe único? Y sugirió una idea luminosa dividida en dos proyectos: primero, conseguir los huevos en el depósito de la compañía, siempre muy bien surtido; segundo, comenzar una labor de recolección de gallinas para tener corral propio y no estar al arbitrio de los estúpidos parroquianos.

Lo primero fue fácil: se consiguieron doscientos huevos grandes. Lo demás sí fue laborioso; fue necesario recordar que la compañía tenía muchas gallinas en el depósito de aprovisionamientos y combinar con Carrillo Varela un plan de fina urdimbre sherlockhólmica: ¡trasladar gallinas a la casa del coronel sin que nadie lo observara! Y la obra comenzó a desarrollarse con la complicidad de varios «profesionales» conocidos, pero teniendo buen cuidado de que, cuando alguno de los «profesionales» cometía la indiscreción de vender públicamente las gallinas que le tocaban por comisión, se le encarcelaba y se le aplicaba el peso de la ley inexorablemente.

Todo iba bien hasta que el gobernador, desmedido en ambiciones, trajo al coronel otra sugerencia que consistía en el *modus operandi* para conseguir unos cien parales de hierro, de los que la compañía empleaba para hacer sus cercados de alambre.

Veinticinco parales salieron felizmente y llegaron silenciosamente hasta la casa del jefe civil; pero un día Carrillo Varela explicó al coronel las sospechas que le hacían temblar:

—¡A mí me parece que el jefe de labor se ha dado cuenta!

Palidecieron ambos, a pesar de la tolerancia de la compañía, mil veces comprobada. Guardaron un pesado silencio. Pensaron profundamente. Hasta que el coronel trazó un plan ingeniosísimo:

—Vamos a hacer una cosa, Carrillo: cogé los parales que están en mi casa y ponelos en el monte, donde nadie los vea; pero

me mandáis uno para acá, para la jefatura. ¡Yo me encargo de lo demás!

Carrillo Varela puso fe en las maquinaciones que demostraba ingeniarse el jefe civil, y sonriendo comentó:

—Usté sabe lo que hace. El todo es salir de este atolladero. Esa noche, el coronel dictó la primera orden estratégica:

—Mire, Nicolás: coja ese piazo 'e paral y póngalo en el patio del gato de Tochito sin que nadie lo vea. ¿Comprende? ¡Sin que nadie lo vea! Lléveselo envuelto en muchos periódicos pa' que parezca otra cosa. ¡Cuidado y mete la pata!

El policía contestó responsable:

—¡No se priocupe, mi coroner!

IX. El secreto

–Ve, Tochito: ¿vos me aseguráis que no te ponés bravo?

–Bueno; pero ¿a qué viene eso?

–¿Aunque sea lo que sea?

–Eso depende...

–No, Tochito: ¡júrame que no te vais a calentar!

–Bueno pues, ¡te lo juro pol Dios santísimo!

–Así, sí. ¿Ni te vais a imaginal na' malo tampoco, veldá?

–¡Dale contra el suelo, pues!

–¡Este mediodía, temprano, estuvo aquí er coroner!

–¿Er coroner?

–Sí, er coroner. ¿Y sabéis lo que me estuvo diciendo?

–¿Qué?

–Que si yo quería, er se casaba conmigo.

–¿Aja?... ¡Sinvelgüenzo!

–¿No veis? ¡Ya te estáis calentando!

–Es que esos sirullos, Marulalia, creen que lo tienen to' cuando tienen el mando en las manos; ¡pero ahora sí a va a sabel lo que es bueno! ¡Le voy a decil lo que se merece!

–No, Tochito. ¡Por el arma 'e tu madre! Deja eso así, que ya yo le dije que, si se le ocurría vorvel, yo te lo decía a vos.

–¿Y qué te contestó a eso? –preguntó el obrero demudado de ira.

Marulalia no encontró dónde poner la mirada ni cómo despegar los labios para hablar. El hombre interrogó de nuevo, conminándola:

—Pero ¡qué te contestó, decime! Y la muchacha respondió al fin:

—Dijo que vos no le importabas un singuango, ¡polque no te tenía miedo!

Pálido, pero refrenando la ira, respondió duramente:

—'Ta bien. ¡Eso lo veremos!

Pero a pesar de la momentánea resolución varonil del mulato, una cosa como angustia, como incertidumbre, como desconfianza de sí mismo, amenazó su vida y su futuro; bien sabía él cómo procedían los funcionarios públicos en asuntos de amor; ¡bien sabía él lo que era un coronel enamorado!

Tochito, el hombre fuerte de cuerpo y espíritu, el que supo resignarse a la expulsión de la compañía esgrimiendo una frase de optimismo y de resolución; el que tuvo estoicismo ante el cobarde abandono en que le dejaron los compañeros; el que cifraba siempre el triunfo en sus músculos duros y rebeldes, sentía ahora el principio de la derrota cerniéndose sobre su vida y no encontró otra arma que la sentimental de un juramento para defenderse:

—¡Júrame, Marulalia, júrame que nunca lo vais a querel! Y Marulalia juró.

Tochito volvió a su gato, melancólico y pensativo.

Mientras había peligrado su pan, el mulato no flaqueó; pero ahora peligraba algo inmaterial, algo que no podía ganarse a empuje de músculos y ya la dolorosa experiencia le hacía escéptico. El coronel tenía un medio maravilloso para la conquista: el dinero; un arma eficaz para su derrota: el poder. Y le fue difícil, aquella noche, conciliar el sueño ¡porque solo pensaba en Marulalia, en el coronel y en míster Charles!

Ya en la sombra que rodeaba la humilde venta de Tochito se estaba fraguando el crimen.

A las cinco y media de la mañana llegó Nicolás, el policía, acompañado de otros cuatro. Tochito estaba iniciando las actividades del día.

—Vístase, Tochito, pa' que vaya pa' la jefatura pa' una averiguación.

—Ya yo sé por dónde me viene esto —se dijo, y sin responder, se puso blusa y alpargatas que le faltaban. Iba a cerrar el negocito cuando Nicolás le advirtió:

—No. Déjelo abierto que hay que registral.

Tuvo deseos de protestar, pero el convencimiento de una derrota le apagó el ánimo. Se entregó sin palabras, sin valor también, y los transeúntes hicieron filas en la acera del frente para verle pasar.

Cuando llegó a la jefatura no estaba el coronel; esperó silencioso y abatido, sentado en un taburete que le ofreció el policía. Un ambiente pesado, de tragedia, llenaba el recinto estrecho, y el agente de guardia hacía crujir su silla de cuero recostada a la pared. El aire mañanero agitaba papeles sobre las mesas; un reloj golpeaba su tictac.

Al fin se escucharon las pantuflas arrastradas del coronel y el ruido de las sillas abandonadas por los empleados para prepararse a rendir sus respetos al jefe.

—¡Buenos días, coronel! —dijeron allá en la puerta, y un momento después el magistrado entraba en la salita olorosa a creolina.

—¡Hombre, Tochito! —dijo sonriente—. ¡Al fin le tocó la perdelona!

—¡Y yo lo sabía, coroner! Ya yo me esperaba esto, porque ¡de estas venganzas es que se valen los rivales como usté!

—¿Ah, sí? ¿Conque así es la cosa? ¡Ya estáis curtío entonces!

Involuntariamente caía en la provocación y respondió furioso: —¡Er que está cultío es usté, carajo! —y como el policía corría a castigar la irrespetuosa injuria, el coronel le detuvo diciéndole:

—¡No se moleste, Nicolás! ¡Esa guapera le pasa ahorita!

Entraron otros policías trayendo el paral de hierro como un trofeo:

—¡En el patio del gato de Tochito estaba este, mi coroner!

—Con ese basta; ¡ese es el cuerpo del delito!

Los ojos del preso se agrandaron desmesuradamente; palideció hasta marfilarse su piel morena e inconscientemente se levantó del asiento, comprendiendo o sospechando todo el ardid de que le hacían centro, e irreflexivo y violento, voló sobre el coronel con el arma diestra de sus puños en acción. Le agarraron todos a la vez, le llevaron de nuevo hasta la silla, mientras el coronel le preguntaba riendo:

—Déjate de zoquetadas, Tochito. Decí la verdá que yo no te hago nada. ¿Cuántos parales te habéis robado y dónde los tenéis?

En un principio el nudo de la ira le estranguló las palabras, pero ya el hombre fuerte había sido abatido por la infamante calumnia, y comenzó a flaquear el valor de siempre; en él nacía ahora el niño vencido y castigado, humillado y aturdido por la potencia de los mayores injustos, y sin poder evitarlo, le estalló un sollozo ridículo en la garganta. Tembloroso, debatiéndose entre quienes le agarraban, enseñando los dientes en una mueca que le arrugaba todo el rostro, hacía de centro de todas las miradas y causaba la risa escandalosa de sus victimarios:

—¿No les dije yo? ¡A estos guapos se les enfría el guarapo a las dos pasadas! Decí la verdá, Tochito: ¿cuántos te robaste?

Pero apenas un gemido feo salía de sus labios. Por fin se calmó la crisis nerviosa de la víctima y se escucharon entonces las injurias varoniles que antes cohibieron el llanto:

—¡Sinvelgüenzo, cobalde, marico! ¿Por qué no me buscó como hombre?

—Pásalo pa' allá dentro y vamos a hacerlo cantar —ordenó el coronel.

Obedecieron los esbirros y un momento después Tochito estaba rendido físicamente: los codos atados a espalda, los pies sujetos por el cepo de curarire; y así, sentado sobre el cepo, apoyadas en el suelo las rodillas juntas, crispadas las manos cerca de las alpargatas y adormecidas por la presión del mecate que unía sus codos, el mulato lanzaba denuestos desbordantes de odio, mientras el coronel desenredaba, con maligna calma, un cordelito lleno de nudos y rematado en sus extremos por dos manguitos de madera.

—¡Bueno, Tochito, habla pa' que no me pongáis en la necesidá de ponerte esta vendita de sebo! ¡Mirá que esto es mejor que la Cafiaspirina pa' quitar un dolor de cabeza!

—¡Cobalde, marico, sinvelgüenzo! —repetía Tochito demudado, colérico, sudoroso, enloquecido.

—Tomá, Nicolás. ¡Ponéselo con consideración, que es amigo!

Y como el preso lograra con inusitada destreza morder la mano del policía, otro le golpeó con un terrible puñetazo en el rostro que le hizo abrir las mandíbulas y abandonar la mano mordida; el policía se vengó lanzándole un puntapié por el hígado.

—¡Maricos! ¡Maricos! —y permaneció un rato gritando y chupando lágrimas, mientras los esbirros obedecían esta orden del coronel.

—¡Vayan a llamar a Cambula, que ese sí sabe! —breves momentos después entró Cambula con seguridad de técnico. Era pequeño, jorobado, patizambo, deforme, desprovisto de risa como un pajarraco.

¿Por qué no me avisó antes, coronel? ¡Yo creí que estos cipotes supieran hacer eso ya!

Escuchábase la respiración agitada de Tochito y rápidos insultos ahogados. Cambula tomó el cordelito en las manos, lo estiró, juntó después sus manguitos, dio una chupada al tabaco y ordenó:

—Póngase usted, por detrás... póngase usted del lado derecho. ¡Hagan lo que yo les diga!

Luego, sin que nadie pudiera esperarlo, dio un rápido rodillazo en el estómago de la víctima y junto con el « jip» de Tochito, dijo al que había colocado detrás del cepo:

—¡Por el pelo, para arriba! Y al que estaba a la derecha:

—¡Por las orejas!

Con la calma debida rodeó la cabeza con el cordel y comenzó a torcer sus cabos, no sin antes cuidarse de que los nudos más gruesos coincidieran con las sienes del torturado.

—Bueno pues, coronel; ¡pregunte!... Y ustedes, ¡suelten, que ya está seguro!

Ya no fueron gritos, ya no fueron gemidos, ya no fueron sollozos: fueron bramidos, sonidos estrangulados por la laringe comprimida, profundos resoplidos acompañados de voz.

—¡Cantá, Tochito, cantá! ¡Si cantáis, te lo quito! —y Cambula torcía, torcía inexorablemente; desfiguraba más su rostro horrible y tomaba aspecto infernal personificando la tragedia.

La palidez del torturado, el sudor que bañaba su rostro, parecía contagiar a los torturadores; ya el coronel enjugaba repetidamente su cara pálida y mal disimulaba cierto temblor de sus manos. El mismo Cambula, transfigurándose cada vez más, no podía decirse si era instrumento del odio o víctima del horror. De súbito, se perdieron las niñas de los ojos en el torturado y asomaron solamente las escleróticas enrojecidas, mientras el cuerpo se desplomaba desfallecido.

—Está bueno ya —dijo el coronel y se retiraron todos, después de desatar a Tochito.

Cuando regresaban a la salida de la jefatura, el coronel se dirigió al policía diciéndole:

—Mire, Nicolás: vaya a buscar a Carrillo Varela y entréguele un papel que le voy a dar —y ordenó al secretario escribir.

En un comunicado se decía al guachimán el sitio exacto en donde se encontraban los parales y se advertía que se había obtenido declaración del propio ladrón. Terminaba diciendo:

«Dígale usted al jefe de labor y póngalo en conocimiento de que la autoridad se ocupa de castigar al delincuente de acuerdo con la Ley.

Dios y Federación: Marino Mayo».

Allá, en el calabozo, trepidaba el cuerpo de Tochito como electrizado.

X. La sombra de míster Charles

Los ojos nublados amasaban la luz de la reja como si vieran a través de claras de huevo. Punzaban sus sienes las huellas violáceas de los nudos del tortol y un zumbar de insectos se alojaba en sus oídos. Lentamente el cerebro entraba a la vida de relación; vahos de hielo recorrían su cuerpo, y dentro del desvanecimiento que le hacía apretar sus párpados pasaban visiones involuntarias: Cambula con el tabaco en el ángulo de los labios; Marulalia sonriente; el coronel hablando; míster Charles gritando: «¡Yo vuelve!». ¡Míster Charles! ¡Tu recuerdo es ahora desesperante para el obrero vencido y humillado! La falsa visión del alucinado Tochito envuelve un mundo de contradicciones y de realidades, de esperanzas fallidas y anhelos desvanecidos.

¡Míster Charles! ¡Tú te metías en el alma del peón como un estimulante y ahora apareces a sus ojos como una burla cruel! Ayer no más exponías tus doctrinas salvadoras y explicabas con irrefutables argumentos que no tardaba el día de la redención; te basabas en la historia; fundamentabas tus aseveraciones en hechos económicos que no aceptaban aplazamientos caprichosos, y a cada instante empleabas aquellas cuatro palabras: los pobres del mundo. Augurabas un porvenir de dicha tan inmenso, que al pobre Tochito hacíanle soñar con una proximidad ¡de días, de horas, de minutos! Ahora los pobres del mundo, entre

los cuales estaba Tochito, sentían arder sus carnes bajo la injuria del látigo, de la calumnia, de la mofa.

«¡Te equivocaste, míster Charles!», podría haber pensado el cautivo. El día de la redención se esconde tras un montón de dólares, detrás de un enorme coágulo de sangre. Para este pobre, el mundo lleno de verdugones adoloridos no existe más que el desengaño, el derrotismo, la horrible decepción de vislumbrar noches oscuras de calabozos o soles aplastantes, evaporando el sudor nunca pagado.

Por eso, ahora Tochito desearía decir con amarga voz recriminadora y en el lenguaje rápido del pueblo: «¡Fue usté cobalde, místel Chajles! Se jué polque no se sintió macho pa' aguantal estas otomías que le hacen a uno. Usté no sabía más que hablal soquetás muy bonitas, pero no ponele la cabeza ar tortol y gritale ¡maricos! a estos carrizos hasta peldel er sentío. ¡Usté se jüe juyéndole a la quema! ¡Miedoso, místel Chajles! ¿Por qué no se quedó aguantando lo que aguantamos nojotros?».

Sin embargo, la sombra de míster Charles acompaña al prisionero de una manera obsesionante, como si se hubiera fijado químicamente en sus pupilas martirizadas. El rostro risueño, optimista y enérgico del rubio yanqui camina junto con los ojos de Tochito por todas las paredes del sucio calabozo, y el alucinado cree observar el movimiento de los labios y escuchar la voz nasal y el enredado idioma del míster raro diciéndole: «Ser más terrible la masa cuando la oprimen a ella demasiado mocho».

El cautivo reacciona repentinamente a pesar de la medio inconsciencia de su cerebro traumatizado; cierra los ojos como para fijar mejor la imagen del amigo lejano, y comienza a hablar a solas una serie de preguntas:

—¿Ah, místel Chajles? ¿Cómo hacen por ahí juera los obreros cuando los friegan así?... ¿Ah mistel Chajles? Si hubiera habío sindicato, ¿me hubieran sacao de aquí los compañeros?...

¿Ah, místel Chajles? Lo que decían los libritos que usté me empresto, ¿es to' de veldá, veldá?... son ellos, ¿veldá? Son ellos los que caerán tiesos cuando nojotros nos ajuntemos pa' dales un solo mamonazo, ¿veldá? ¡La lucha, místel Chajles, la lucha llega! ¡Usté verá!

Se puso de pie sin saberlo y, cuando abrió los ojos, un vértigo tremendo púsole a girar las paredes del calabozo violentamente; entonces se cubrió el rostro con los puños apretados, dio unos pasos vacilantes y volvió lentamente hasta el suelo. Minutos después sollozaba, pero no de dolor sino de ira, y masticando –más que hablando su lenguaje– formuló protestas sordas y terribles, ¡como las de todo un pueblo amordazado! Pero lentamente fue vigorizando su voz y acentuando su rabia hasta ponerse de nuevo en pie y acercarse a la puerta decidido a destrozarse contra ella a fuerza de puñetazos y puntapiés. Mas, al acercarse, escuchó la voz del coronel, clara y alegre, diciéndole a una incógnita señora:

–Ya sabe; lo que me interesa es que ese vestido de Marulalia quede más bonito que el de la Purísima, porque con ese es que va a salir el treinta y uno para la misa de gallo... ¡Ah! ¡Y me le dice, cuando vaya a cogerle las medidas, que venga esta noche aquí a la jefatura, que nos vamos para el cine!

Así como en la cámara lenta caen los boxeadores poniendo blandamente las rodillas y los puños en la lona del ring, y luego el cuerpo entero en derrota, Tochito fue buscando el suelo hasta tenderse en él, vencido, adolorido como nunca, para comenzar a soliloquiar:

–Marulalia... ¿vos también? ¡Qué mala fuiste, Marulalia! Me juraste no querelo nunca... Y, sin embargo,... ahora... ahora... ¡ahora! Ya el coronel se asomaba por la rendija de la puerta y observaba con placer el espectáculo ridículamente doloroso del pobre obrero hablando a solas y apagando cada vez más la voz para repetir un nombre de mujer. Riendo, hasta enrojecer

su cara saludable, llamó a los esbirros para que presenciaran la escena del monologuista atormentado, y cada uno de ellos fue diciéndole al oído:

—¡Está más enamorao que un tuqueque! ¡Esta noche no duerme! Todos regresaron a la sala de la jefatura para festejar la «inteligente» obra de su jefe civil, y Tochito quedó largo rato hablando con Marulalia y con míster Charles, que eran los dos polos en descarga sobre su espíritu incendiado y vibrante.

Entre groseras carcajadas aseguraba en la sala el coronel:

—¡Está arisca la muchacha!... Pero ella cae. ¡Ella cae! ¡A mí no hay ganao que se me pele de la soga!

El odio es como ciertos medicamentos: se acumula y envenena.

Días sobre días y noches sobre noches cayeron sobre el preso sin que asomara ningún síntoma de libertad. Mientras tanto, Tochito escuchaba las conversaciones de los empleados de la jefatura enterándose de nuevas canalladas urdidas contra todo aquel pueblo petrolero; pero no fue un odio violento, capaz de hacerle vociferar denuestos, el que creció en su interior, sino un odio sordo, silencioso, que unido a los retazos de recuerdos que le dejara míster Charles —a guisa de una intentona de capacitación—, fue convirtiéndose en un odio bien administrado, cuidadosamente macerado, para destinarlo todo a eso que sabía se llamaba «la lucha», y que algún día debería comenzar. Y por eso Tochito concentró todos sus esfuerzos en comprender ahora, a través del tiempo, todo el significado de las enseñanzas del rubio amigo ausente. Como inesperadas luces en la noche de su camino mental, fueron apareciendo sorprendentes apreciaciones.

«No es solo el guachimán quien vigila y cela los campos explotados», pensaba. «Es todo este grupo de hombres de distintas categorías; es todo este ejército de vende-patrias que tiene por jefe al presidente de la República. ¡Es Gómez el primer guachimán!».

Claro que él no podía formular su juicio en tan explícita forma, pero se decía a sí mismo:

—Guachimán es er coroner y er presidente, y er juez y er abogao, y er ingeniero y er médico. ¡Sí, guachimanes todos! ¡Guachimanes que también vigilan los pozos de donde sale el petróleo que nos roban!

¡Guachimanes, guachimanes son todos! ¡Er viejo Gómez es er primel guachimán!

Acaso míster Charles no habría llegado jamás a formular en forma metafórica tan concreta ese aspecto de la actuación imperialista; pero para el peón acostumbrado a ver en el *watchman*, al centinela defensor de los intereses extranjeros y muchas veces ejecutor de las violencias ordenadas por ellos, aun cuando para defender esos intereses y para cumplir esas órdenes tuviera que disparar contra el compatriota, nadie mejor que aquel triste agente asalariado y servil podía representar globalmente a los miles de encubridores y cómplices de la tragedia nacional.

XI. La noticia

¡Quizás donde están los agujeros que tienen los pueblos para que entren las noticias como aromas! Pero el caso es que una mañana despertó el pueblo secreteándose, corriendo una bola —como se dice en el lenguaje popular:

—¡El general Gómez se está muriendo!

Algunos estallaban de alegría. Otros respondían escépticos:

—¡A ese no lo mata ni la bubónica!

Pero comenzaron síntomas sospechosos que acentuaban la legitimidad de la bola; el coronel fue llamado urgentemente a Maracaibo; el gerente de la compañía se fue en vaporcito a media tarde, como jamás lo hacía, y al siguiente día se supo que había salido en avión para Caracas desde el aeropuerto de la capital zuliana.

—¡Están roznando las bolas! —decía la gente.

El 15 de diciembre en la noche volvió el coronel y un cuarto de hora más tarde se inició un reclutamiento forzoso, violentísimo, nunca visto. Las mujeres permanecían ansiosas y desesperadas en las puertas de las casas; pasaban automóviles llenos de hombres, vigilados por policías parados en los estribos y asidos a las capotas. Corrían los comentarios y las conjeturas:

—¡El bojote no es de hojas porque están arrebatando!

—¡Dicen que Arévalo Cedeño entró por Arauca!

—Eso no vale na' —explicaba otro—. Lo que sí es serio es que el general Olivares está dentrando por el Táchira y ese caricortao ¡sí que tiene tabaco en la vejiga!

El coronel ordenaba en la jefatura:

—¡A Tochito hay que dejarlo bien incomunicado! Pasen los reclutas para el patio, pero ¡con cuidao!, que no hablen con Tochito.

—¡Mi coroner, Tochito se ofreció voluntario! —advirtió Nicolás.

—¿Ese como que cree que yo me estoy chupando el dedo?

—fue la respuesta sarcástica.

Y en el patio de la jefatura charlaban los reclutas:

—¡Dígame usté! Yo que soy recaudador de una licorería de Maracaibo, ¡y el policía me quitó la cartera con dos mil bolívares!

—decía uno casi llorando.

Otro le respondía cruel y humorista:

—¡No te preocupéis que eso te lo devuelven con premios! ¡Esta gente es muy honrá!

—¡Y venile uno a selvil a los que lo han fregao tanto! —decía un tercero.

—¡No se aflija, cuñao, que los fusiles tiran por la culata también!

¡To' es cuestión de pa'onde esté er contrario!

Un optimista intervenía:

—¡A mí me parece que ya el hombre enterró el cacho!

Grupos de mujeres se acercaban a la jefatura y los policías con máuseres —las bayonetas caladas—custodiaban la puerta e impedían que los grupos se acercaran.

—¿Para dónde los llevan? —preguntaban las pobres mujeres.

—¡Para el Táchira! —decían unos.

—No, para La Ceiba, ¡porque están alzaos en Trujillo! —aseguraba otro.

Al fin llegó la noticia esperada, muy de mañana: Gómez muerto y López Contreras encargado. Lo que toda Venezuela tenía por seguro ¡con mucha anticipación!

Ya los reclutas portaban fusiles. Se gritaban vivas al nuevo mandatario por las calles. Pero nadie se atrevía todavía a maldecir públicamente la memoria del bárbaro desaparecido. Pueblo amedrentado por la tiranía de veintisiete años, concebía difícil que el ministro de Gómez entendiera de libertad.

—Esto seguirá lo mismo —decían—. ¡Por donde salta la cabra salta el cabrito!

—¡Es que ese muerto se mueve todavía! —aseguraba otro.

El coronel se trasladó a la compañía para hacer constante uso del teléfono que la unía a Maracaibo. Allí escuchaba las noticias oficiales y verbalmente las comunicaba a sus esbirros: —¡Estamos acomodaos! ¡Las cosas van a seguir lo mismo!

Y agregaba haciendo alarde de conocimientos y astucia militar:

—Vayan a decirle a los reclutas que el general López Contreras los ha nombrado ¡oficiales del Ejército supernumerario!

Lo cierto era que desde Maracaibo le habían sugerido animar la bisoña tropa inventándoles que se les consideraría como oficiales supernumerarios del Ejército, pero el coronel tergiversó la frase.

Los reclutas respondían con vivas socarrones para simular entusiasmo. No podían ser sinceros en su alegría, puesto que no querían ser partidarios del nuevo presidente, de quien no podían esperar nada mejor, pero muy bien interpretaba uno de ellos:

—Peor que Gómez no puede ser.

En una batalla entre la astucia popular y el taimado engaño de los jefes, se aderezaba una falsa disciplina militar que a todos parecía satisfacer.

El 19 de diciembre comenzaron manifestaciones populares y el pueblo se animaba sin decir por qué, sin saberlo tal vez. Había muerto el tirano y nada más; la tiranía estaba ahí, en la jefatura civil, en la comandancia de policía, en el guachimán, en Cambula, en la compañía que continuaría explotando al obrero, aliada al nuevo gobierno, amenazando siempre al país entero con la frase de Coolidge: «Cada dólar empleado en Sudamérica está protegido por una bayoneta americana».

Aprovechando la confusión y porque se habían relajado las vigilancias, un recluta se acercó involuntariamente hasta la puerta del calabozo de Tochito y este, con sumo sigilo, pudo preguntar:

—Si se murió Gómez, ¿a quién pusieron?

—¡Al general López Contreras! —respondió el informador oportuno. Tochito también hizo su comentario político como todos.

—¡El mismo musiú con diferente cachimbo!

—¡Viva López Contreras! —gritaban por las calles.

—Es lo mejor que nos ha podido pasar —decía un patiquincito, reclutado también—; porque si hubiera habido revolución y hubieran puesto a otro, los americanos se hubieran disgustado y hasta habrían mandado por las malas, los mismos aviones que ahora meses mandaron por las buenas.

Así, del fondo de la inocencia popular surgía el juicio empíreo, pero cierto, acerca de la conducta del imperialismo en estas latitudes conquistadas y semicoloniales.

El 20 en la tarde hubo un sacudimiento general del pueblo. Caracas hablaba por las radios; corrían las noticias como relámpagos; López Contreras llegaría esa tarde a la capital.

Por la noche, Maracaibo habló igualmente por sus radioemisoras. Isidro Valles agitaba consignas revolucionarias. Felipe Hernández, Valmore Rodríguez, toda la juventud masculina y valiosa, planteaban la situación sobre la base de un programa

a seguir. No calaba muy bien dentro de aquellos muchachos la consigna de calma y cordura que predicaba Caracas.

El coronel comentó, al escuchar la voz de los hombres del grupo Seremos de Maracaibo:

—¡Esos son los carajos de siempre! ¡Ya prendieron la chispa! ¡Pero ahorita los fuñen bien fuñidos!

Efectivamente, comenzó a defenderle la serpiente y clavó el colmillo: mataron a Severino Rodríguez en Maracaibo; dispararon también los fusiles en el municipio petrolero. El pueblo se agrupó incontenible y avasallador contra la tiranía; los reclutas abandonaron las armas; el coronel y sus esbirros desaparecieron; y al día siguiente se abrió el calabozo de Tochito y el de don España y el de Trino Paz.

Aún conservaba Tochito la línea violácea que dejara por huella el tortol sobre la frente, pero traía los ojos inmensos, traía potente el músculo, tremendo el espíritu. La multitud le hizo aclamaciones y el mulato emocionado sintió deseos de gritar sus prédicas, de decir todo lo que no sabría decir, y lanzó al aire su voz sufrida y rencorosa. No supo decir lo que deseaba, sino con una palabra: «¡Libertad!». No supo comunicar a la masa el sentimiento de reivindicación, sino con cuatro letras: «¡Odio!». Y deliró aquel pueblo que no podía pensar, sino que sentía: ¡libertad, venganza, odio!

Acaso míster Charles solo habría sabido encauzar esos tres sentimientos profundos de la masa. Sus planes sindicales, sus aspiraciones de justicia, no podían tener cabida dentro de aquella sublime locura del pueblo que pedía sangre para su fiesta nacional.

Y Tochito, a pesar de su emoción, se sintió solo entre aquella muchedumbre. Marulalia estaría llorando de miedo, abrazada a su coronel. Sintió el impulso de decirlo a gritos, de invitar a la venganza, pero sintió miedo; miedo a los ojos dulces de la morena, a los ojos húmedos que guiaron sus pasos cien días por el

camino de la ilusión. De pronto vio que cuatro hombres traían a su presencia a Cambula y canalizó todos sus rencores sobre el jorobado patizambo. Tuvo una idea diabólica y gritó furioso:

—¡Ar quemador, muchachos! —y el pueblo gritó también delirante, sabedor del espectáculo que iba a presenciar:

—¡Al quemador! ¡Al quemador!

Peregrinos del odio echaron a andar hacia el sitio trágico; gritaban vivas y mueras y seguían a Tochito, portador de la bandera patria arrancada del asta de la jefatura.

Fue cauce de un río humano la calle recta que conducía al quemador, y así como una peña hace curvar el camino de las aguas, así la casa de Marulalia desvió por un segundo la corriente de los manifestantes. Ella estaba en la puerta asustada como todas las mujeres. Vio a Tochito y gritó llena de júbilo. Pero el mulato hizo más enérgica aún la expresión de su gesto y llegó hasta ella que le esperaba sonriente y llorosa a la vez. Dijo una palabra no más:

—¡Cochina!

Y siguió marchando. La muchacha se quedó inmóvil, aturdida, lívida; sostuvo entreabierta la boca pulposa y vagos los ojos viendo desfilar obreros unos segundos. Luego su llanto rodó sobre las mejillas inmóviles, como de estatua.

Cuando entró a la casa se ahogaba en sollozos. Mil conjeturas invadieron su mente; un tumulto de ideas atormentó su ánimo, desesperada se abrazó al viejo Ceferino:

—¡Papacito, papacito! ¡Tochito ya no me quiere!

El viejo, pasándole la mano cariñosa sobre la linda cabecita, trataba de ensayar palabras bonitas y consoladoras:

—Eso le pasa, mijita: es que ni una visitica ar preso ni una frutica 'e regalo ni un bojotico 'e capadares ni na'... le han hecho pensal que soi vos la que lo orvidaste. Pero es que ér ni se imagina que ese mardito coroner te andaba buscando pa' fáltate el

respeto y vos no podíais acercalte a la jefatura. ¡Cálmate, mijita, que eso pasa!

Sin sospechar la espantosa calumnia que había fabricado el coronel fingiendo sus amores con Marulalia ante el calabozo de Tochito, el pobre maestro Ceferino alcanzaba solamente a comprender una superficial susceptibilidad del obrero. Pero la hija le anunció entre sollozos:

–Yo lo vi, papá; yo lo vi a ér... ¡y me llamó cochina!

–¿Cochina?... ¿cochina?... ¿cochina? ¡Esa jaiba sí que no se la aguanto, carajo! –y el viejo se lanzó a la calle, detrás de la muchedumbre, torpe el paso cansado, vacilante la marcha, sin alcanzar la carrera de la masa enardecida.

Marulalia enloquecida marchó más aprisa que su padre, con la mirada clavada en la bandera que avanzaba a la cabeza del tumulto.

XII. El quemador

¡Petróleo! ¡Zumo negro de la entraña escondida! ¡Saliva de los gnomos del Tío Sam! ¡Lubricante para los goznes de la puerta de los palacios y de las arcas de Rockefeller y Mellon! ¡Sustento de Wall Street!

¡Tortura de mil Tochitos! ¡Supiste un día ser el símbolo del alma venezolana! Como ella, tuviste hondo el yacimiento, tumultuoso el escape, ardiente la expresión, inexorable el fallo.

Frente a tus mismos explotadores, pusiste a bailar la trágica danza de la muerte a sus cómplices.

Tú viviste escondido bajo los pies del cacique y del ibero, seguro de que en tu sombra estaba el brillo de El Dorado, como en la noche las estrellas; pero no sospechaste nunca que lo que no se llevaban las carabelas de la conquista, se lo llevarían los buques cisternas de los futuros invasores. Por eso te vengaste ahora en esta mezcla de carnes malsanas, color de indio, voz de Fernando y alma de gánsteres.

Cambula llevaba el pánico de todas sus víctimas pintado en la faz; lloriqueaba, gemía, como perro asustado. Bien sabía él cómo es de sordo el verdugo y, sin embargo, ¡imploraba con la misma voz que tanto escuchó de otros labios!

—¡Yo no tengo la culpa! ¡Eran órdenes de ellos! ¡Ellos me mandaban! —y señalaba inseguramente, no se sabe si hacia la jefatura o hacia la compañía.

—¡Aquí vendrán a parar todos! —Respondía la masa humana dueña de la misma idea de odio y de sanción. Y tal como del fondo del obreraje, de allá abajo de la sociedad, de la oscura alma oprimida surgía el grito acusador; también del fondo de la tierra, de debajo de la patria, de la oscura entraña petrolífera surgía la llama vengadora. El quemador estaba allí, ¡lanzando su luz bermeja sobre la multitud que empezaba a rodearlo! A ras del suelo asomaba su boca el tubo por donde escapan los gases interminables del subsuelo; un círculo de cenizas y concreciones calcáreas y vítrea —residuos de cremaciones de animales y desperdicios— formaba el cráter de aquel volcán enano. Alguien maniobró sobre las llaves y la llama se agigantó fiera y robusta. Hubo júbilo, sadismo feroz, en los rostros obreros. Agricultores de una tierra que jamás daba el brote de las semillas de acero que sembraban, reían ahora con placer ante el árbol del fuego que nacía.

Tochito se transfiguraba frente a la luz tremenda y su piel de mulato se ponía brillante, como bronce nuevo. Sus ojos fueron apéndices de la llama. Sus brazos fueron miembros de toda la multitud cuando atenaceó al jorobado Cambula poniéndole en vilo desde el primer impulso. El patizambo quedó sin sangre en el rostro y sin más idioma que una palabra:

—¡Perdón!

Pero el músculo obrero ya le tenía suspendido como a un fantoche de feria y la llamarada agrandó sus lenguas horribles para saborear su carne magra. Un grito estridente, de mujer, silenció la vociferación del tumulto. Tochito reconoció el timbre de aquel grito como si reconociera su propia voz, y buscó rápidamente con la vista a Marulalia. Ella venía hacia él y había visto aquello, aquel horrible castigo inquisitorial:

—¡Tochito! ¡Tochito! —gritaba la muchacha. Y cuando estuvo cerca de aquellas dos hogueras que eran Tochito y el quemador, escuchó la voz serena y fría del hombre que la acusaba:

—¡Vos no debéis estal aquí! ¡Anda a buscal tu coroner!

Comprendió Marulalia todo cuanto denunciaba aquella frase. Sintió todo el peso de aquella infamia urdida sobre su vida y sobre su honra; y angustiada, desesperada, expresó toda su sorpresa con una palabra atónita:

—¿Tú?...

Iba a continuar tal vez la frase interrogando al amado: «¿Tú lo has creído?... ¿Tú lo has pensado de mí?... ¿Tú me crees capaz de hacerlo?»; pero no tuvo aliento para hacer sonidos en la laringe. Permaneció aturdida y temblorosa. Confundida por los gritos de la masa y por el crujir de su espíritu despedazado, desmigajado por el impacto de aquella calumnia. La muchedumbre comenzaba a embriagarse con ese olor que despide el humo de la res sobre el brasero ante el apetito del batallón en el vivaque.

Súbitamente, Marulalia tomó una resolución incontrolable: se puso de cara al pueblo, y así, recortada su silueta sobre el fondo de llamas que hacía transparentes sus vestidos y desnuda su hermosura morena, gritó, llorosos los ojos, crispados los puños:

—¡Me entrego ar hombre que me traiga ar coroner!

A Tochito le ardió la llama del quemador dentro del alma y su luz bermeja se hizo solar para descubrirle la verdad encerrada en la frase y en la decisión de la muchacha:

—¡Marulalia! —gritó. Y llegó hasta ella asiéndole los brazos hermosos.

Pero ella ni respondía ni parecía escuchar; temblaba y repetía su promesa, mientras la muchedumbre se disolvía hacia la búsqueda vengativa.

La llama se contorsionaba devorando otros cuerpos; Nicolás, Carrillo Varela, el guachimán... Tochito y Marulalia continuaban silenciosos, sin tener palabras para expresarse las mutuas emociones, de espaldas al quemador, de frente al pueblo enloquecido. Y una hora, y una noche entera, y un siglo

habrían permanecido allí, ella esperando la hora del sacrificio prometido y él aguardando el momento de hacer garras sus puños para defenderla.

El pueblo registraba hogares, botillerías, locales de cine, senderos antes vedados por su dueña, la petrolera, arenosos caminos por donde parecía cruzar la sombra del turco Elías con su azafate vacío, gritando ahora otra clase de mercancías que podían ser odio, venganza, sanción popular.

Los automóviles cruzaban veloces calles y carreteras; la compañía ofrecía gratuitamente la gasolina, amedrentada a pesar de la bayoneta yanqui que respaldaba cada dólar. El campo oscuro empezó a poblarse de linternas y a medianoche se repartieron alimentos regalados por los mismos yanquis, confeccionados por las mismas manos de las esposas de los jefes rubios. Así mitigaban el hambre y el cansancio a los perseguidores de los que hasta hacía un momento fueron cómplices e instrumentos para el dominio del dólar.

El coronel era centro de aquel incendio de odios. Marulalia, ¡la torre tocando arrebato!

La llama del quemador se quedó esperando, meneando su lengua como fiera hambrienta. El cráter de cenizas no había crecido como lo deseaba el pueblo.

La madrugada aclaró el paisaje y volvieron a verse los balancines al pie de las cabrias, cabeceando sus palancas, indiferentemente.

Vocabulario de modismos y locuciones populares empleados en *Guachimanes*

Apuñaleaos: Expresa el acto de esconder con astucia alguna cosa, más o menos con el gesto de quien enfunda un puñal en su vaina.

Aviaos: Aviados, de aviar, disponer las cosas para el camino.

Alfandoque muy pasado por el clavo: Frase que hace referencia al excesivo color rubio del cabello. El pueblo prepara una golosina cocinando miel de caña hasta darle consistencia suficiente para poderla batir alrededor de un clavo, donde adquiere un color de oro muy amarillo; el producto se llama alfandoque.

Atravesá: Atravesada, según el diccionario, es la que tiene intención dañada, pero el venezolano quiere decir de un temperamento muy violento.

Abrir las agallas: Tener exageradas apetencias por obtener una cosa, sobre todo de una manera muy poco escrupulosa.

Ajos: Apócope de carajos.

Arrejerao: Arrejerado, quedarse firme y terco en su sitio. Es un término marinero que significa sujetar el buque con dos anclas.

Bagre: Apodo que se le daba al dictador venezolano Juan Vicente Gómez, por su extraño parecido con el pez del mismo nombre, habitante de los ríos y lagos de Venezuela, Perú

y Bolivia. Este pez tiene un aspecto repugnante y tiene la fama de ser coprófago.

Bolos: Plural de bolo abreviatura de un bolívar, la moneda nacional.

Bola: Rumor insistente que se corre sobre alguna situación política.

Bojotico: Diminutivo de «bojote», palabra que significa paquete, envoltorio, lío, bulto.

Pochocho: Suerte de parásito del tipo de los *Pediculos vestimenti*, que, junto con el piojo, la pulga y la chinche, se cría en la mugre de los desamparados hogares.

Curucutear: Registrar, esculcar.

Calentura con frío: Frase que se refiere al síntoma de fiebre y calofrío, característico de la malaria o el paludismo.

Catire, catira: Rubio o rubia.

Café con leche: Frase figurada que designa el color de nuestros mestizos.

Cabima: Planta productora de la resina de copaiba, usada por muchos años en la elaboración de antisépticos uretrales antiblenorrágicos. Los laboratorios alemanes consumían toda la producción. La abundancia de esta planta en una zona del estado Zulia, dio originalmente el nombre de Las Cabimas, hoy Cabimas, a una de las más ricas regiones petroleras del país.

Calentarse: Enojarse.

Caqui: Tela espesa, de color amarillo-verdoso.

Curtió: Curtido, experimentado, acostumbrado.

Curarire: Árbol de corteza muy resistente, cuya madera se usa para la construcción. Es fama que el curarire es casi tan duro como un metal y durable por siglos.

Capirote: «Ni de capirote», ni por casualidad.

Cogío er número: Dicho malicioso que es equivalente a la frase de «tomar las señas»; «me tiene cogío er número», me ha

tomado todas las señas, me sigue la pista, me impide todas las posibilidades.

Chalequial: Verbo popular derivado de la palabra chaleco; chalequear es ridiculizar, humillar, algo así como injuriar a alguien estremeciéndole por el pecho sin darle oportunidad de defenderse.

Chuparse el dedo: Hacer el tonto.

Darle contra el suelo: Hablar de una vez. Decir todo lo que se esconde.

Dejar prendida la mecha: Dejar abierta la válvula de la rebelión.

El bojote no es de hojas: Significa que el asunto no es nimio, sino de envergadura, respetable.

Enea: Especie de paja constituida por la hoja larga y lanceolada de una gramínea, utilizada para fabricar techos y también, alfombras llamadas petates o esteras.

Estaparao: Entaparado, reservado, oculto, guardado secretamente en lo hondo del ser. Es término metafórico, pues recuerda la dura cubierta del fruto llamado tapara, utilizado como botija después de vaciarlo de su contenido. Lo que se guarda dentro de la tapara no puede verse.

Enterrar el cacho: Morir, sucumbir, como las reses que al perder la vida, entierran parte de un cuerno en el suelo.

Estar en la guama: Ser feliz, gozar de bonanza.

Fuerte: Moneda de cinco bolívares. La palabra nace en la tradición del llamado peso fuerte de la época colonial.

Fuñir bien fuñido: Castigar bien castigados, de un modo total y hasta deprimente.

Fechera: Riña, desorden, pleito, escándalo.

Guachimán: Venezolanismo derivado de la palabra inglesa *watchman*, cuya plural correcto es *watchmen*; significa hombre-reloj, vigilante. El pueblo ha castellanizado la palabra y hace el plural: guachimanes.

Gaita: Música folclórica típicamente zuliana (del estado Zulia, Venezuela). No recuerda para nada la gaita gallega. La letra de sus cánticos tiene siempre contenido de crítica política e ingeniosas sátiras; se canta en los días pascuales, pero difiere totalmente del villancico, pues su estribillo no es religioso ni en su coro recuerda el nacimiento de Jesús.

Guineo: Un tipo de banana de exquisito gusto. Este fruto es delicia de todo el pueblo y su postre habitual.

Gato: Kiosco donde se venden víveres, licores, frutas, etcétera. No hemos podido saber por qué se le asigna el nombre de este animalito a tal negocio. Parece originarse en la palabra inglesa gate, puerta de la compañía petrolera, cerca de la cual se instalaron inicialmente.

Gato encerrao: Algo que se oculta de manera enigmática. Igual cosa expresa la frase «gato en mochila».

Gomero: Palabra para designar despectivamente a los gomecistas o partidarios del tirano Gómez.

Guindotas: Dícese de una especie de trapecio de acróbatas que sirve para mantener al obrero colgando a la altura necesaria para su trabajo.

Guarapo: Disolución de azúcar bruto en agua. También, se le llama aguamiel. Equivale al término mexicano tepache.

Huevos chimbos: Exquisita golosina que se prepara con yemas de huevo y una pequeña porción de clara también. Luego, contenido en moldes adecuados, se somete esta mezcla al baño de María y se logra la coagulación, para después sumergir todo en almíbar.

Huyéndole a la quema: Huyéndole al desastre.

Jaiba: La jaiba es el cangrejo de mar; pero el zuliano le da el sentido figurado de algo desagradable y feo, incómodo y repugnante.

Jurungos: Extranjeros sajones.

Labia y labia: Hablar mucho.

Le puso la proa: Fijó la ruta hacia él, tal como hace el barco cuando pone proa hacia un punto cardinal; por tanto, el pueblo utiliza el término marino para designar también el sentirse amenazado, afectado directamente.

Llave inseparable: Personas unidas por una amistad inseparable.

Llevar en los cachos: Hacer como el toro que se lleva en los cuernos a su víctima.

Maluca: Prostituta. Con igual palabra se designa a la hembra animal en celo y, por extensión, se califica así a las mujeres prostituidas.

Mabil: Prostíbulo donde se baila como en los cabarés.

Musiú: Esta palabra es una corrupción del francés *monsieur*. Parece ser que los primeros extranjeros que visitaron Venezuela (no españoles, por supuesto) fueron franceses, y el pueblo les llamó monsiéres primero y luego musiúes. Hoy se llama así a todo extranjero que no habla castellano.

Marico: Marica, homosexual.

Mamonazo: Golpe físico o moral. Proviene de «golpe dado con un mamón», esto es: dado con el fruto llamado mamón.

Manduca: Con masa de maíz y plátano se elaboran unos panecillos en forma de «e» minúscula manuscrita o en forma de «u» tipográfica, que luego se fríen en manteca de cerdo. Es un alimento muy apreciado para desayunos y cenas.

Mamar el gallo: Hacer bromas, tomar el pelo.

Más enamorado que un tuqueque: El tuqueque es un lagarto que goza de la fama de enamorarse de las mujeres y lanzárseles encima.

Me pasan por el filo: Quiere decir me degüellan y, por extensión expresa la pérdida del trabajo, o el fracaso en algo.

Más allá que de acá: Más muerto que vivo.

Más puntas que una guaya: Llaman guaya a un cable o cordel construido con muchos alambres torcidos; de modo que la

punta de una guaya muestra los cientos de puntitas de los mencionados alambres que la integran. Por otra parte, el pueblo llama punta a la intención, al objetivo que se persiga en algo; decir por tanto más puntas que una guaya es manifestar multitud de intenciones, innumerables fines, etcétera.

Mayol: Mayor. Así se designa a la persona de más edad.

Murió er cochino: Se usa para decir que ya todo se acabó, que ya no tiene objeto continuar pensando o discutiendo sobre el tema.

Ñero: Es apócope de compañero y es la palabra que usa el habitante de la isla de Margarita (estado Nueva Esparta) para referirse a sus coterráneos.

Ñarras: Modismo para expresar excedentes, sobras, demasías.

Otomía: Americanismo: barbaridad.

Otra güelta: Otra vez.

Patiquincito/Patiquín: Nombre que da el pueblo al hombre de la ciudad, de modales refinados y no esforzado en el trabajo manual duro. Igual al chilenismo pituco.

Periquera: Bronca, escándalo. Algo bullanguero parecido al ruido que meten las aves llamados pencos, cuando están juntos.

Perdelona: «Me tocó la perdelona» explica que me ha tocado la mala suerte.

Punta de carrizos: Frase despreciativa que significa conjunto de desvergonzados y deshonestos.

Pesá: Pesada. Persona poderosa, rica, autoritaria.

Peinilla saladillera: Es un arma, especie de puñal, elaborado con una lima alisada, desprovista de sus asperezas cortantes, y afilado y puntiagudo.

Palos: Tragos, copas de licor. Echarse palos: tomar copas.

Pasar el páramo: Pasar a la otra vida. Morir.

Rasca o rascado: Significa borracho, ebrio.

Rasparon: «Me rasparon» quiere decir: me desplazaron, me quitaron violentamente.

Sirullo: Mandar a alguien para el sirullo es como mandarlo al diablo, a los infiernos.

Sipa: Sustancia fangosa del fondo del lago.

Singuango: Zanguango, embrutecido por la pereza.

Topias: Piedras del fogón de las cocinas en las casas humildes.

Tortol: Tortor. Trinca de cabos que se tuercen mediante palancas. Torcedor.

Tener tabaco en la vejiga: Se dice de la persona valiente y arrojada.

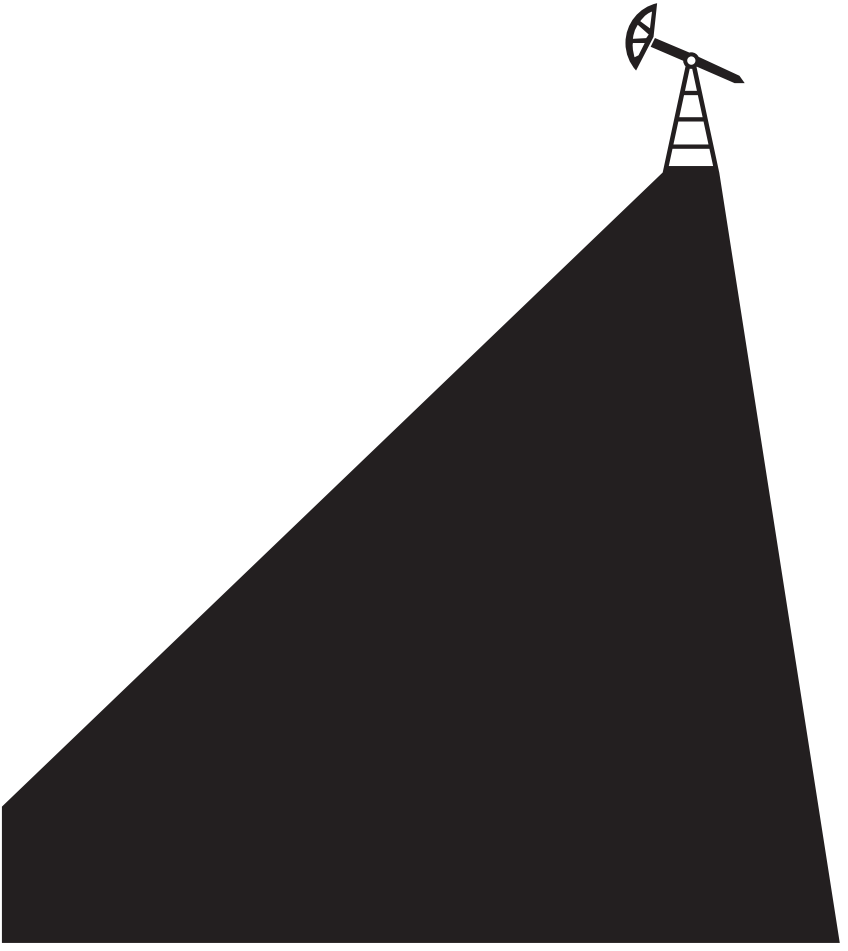
Totuma: Vasija hecha con el fruto del totumo, especie de calabaza. Por extensión se llama totuma a la cabeza, al cráneo. Irse la totuma para otro lado, significa pensar en otra cosa distinta del tema que se trata.

Velar: Acompañar la familia de un difunto antes del sepelio.

Zancúo: Zancudo, mosquito; por antonomasia expresa anófeles.

Zoquetás: Zoquetadas, tonterías, necedades.

Odio (cuento)



Odio[1]

I

Desde la hacienda se ven los faroles del pueblo, falsificando luz de estrellas sobre un cielo invertido. El aire toma el olor de las aguas del río y arrebata las palabras que el peón enhebra para narrar desaliñadas aventuras.

José Manuel chupa con grande esfuerzo su capadare ordinario. No es fornido ni apuesto. Su sangre indígena ha degenerado mucho con el mestizaje y el paludismo. Tiene las cejas juntas y oblicuas, como las rayitas de un acento circunflejo, y el rostro sin carnes hace resaltar brillantes los filosos huesos de los pómulos salientes. Desde su chinchorro sucio, ve las cuchilladas de luz que clavan en el río los barcos que pasan.

—Casirda, ¿a vos te saluda la comadre?

Y la mujer le responde con voz ronca, de masculino:

—¡Desde cuándo no la veo!

—A mí no me saluda er compadre...

Y vuelve a chupar el capadare para llenar el silencio que hace su boca.

---

1 Cuento compilado por Arturo Uslar Pietri y Julián Padrón en *Antología del cuento moderno venezolano (1895-1935)*, t. II, Caracas, Ediciones del Ministerio de Educación Nacional, 1940, pp. 77-85.

—Mirá, José Manuer, er Coriano se te quiere il. Antiel lo incontré hablando con la mujercita y, aunque no oí bien, me pareció que decían lo de las «agujas» der muchachito...

José Manuel no responde. La mujer continúa su charla ronca.

—Y más vale así que se vaya y no te haga un daño a vos, o busque quien te «eche un mal» pa' fregate, polque ese hombre está vuelto un «guayacán»... ¡Er pobre!... ¡Los hijos se quieren mucho, y eso e vel moril de mengua un hijo es una jaiba muy grande!...

José Manuel hunde los carrillos succionando el chicote.

—Er Coriano dice que si vos le hubieras dao pa compral er suero, se le hubiera sarvao er muchachito, polque Padrino dijo que lo que le picó fue «tétano», que le dentró pol la patica rompía que tenía.

Por un momento deja de chupar José Manuel y vuelve los ojos chiquitos hacia la mujer. Las palabras acusadoras no han movido resortes delicados en su conciencia, sino que han fustigado la piel de fiera que envuelve su alma. Sin embargo, no se ha levantado del chinchorro para foetear a la querida, porque lo que nunca pudieron caricias ni amables recriminaciones, lo alcanzaba el chinchorro; cambiar de posición, abandonar la perezosa postura de sus piernas feas y velludas, era tarea fastidiosa y ardua, capaz de hacerle olvidar el más duro de los ultrajes.

Pero vertió en palabras su represalia:

—¡Er que quiera tenel hijos que gane cobres! ¡Si yo fuera «pión», y te viera un poquito hinchá la barriga a vos, te la aplastaría con la pata pa hacétela botal como tripas de cucaracha!

Y la frase descriptiva y bárbara hizo fruncir los labios de la mujer mientras mascullaba con voz hombruna:

—¡Vais a morir sartando...!

Y más allá, en un rancho rodeado de cañamerales, bajo el techo de palmas ralas y resecas, estaría el Coriano expresando

con serena voz su odio y tristeza ante la pobre mujer llorosa, afónica ya de tanto gritar y con la nariz enrojecida por el roce del trapo áspero:

—¡A mundo...! Pa que se muriera el indio José Manuel como el muchachito, por faltale un remedio...! ¡Estaría un mes reyéndome, Jacinta!

Acaso alegraría su espíritu rudo la imaginativa venganza, porque aquellas almas duras y sordas ante la conciencia, en cuyas honduras vibra la fiera gritería de la naturaleza, encubren el mal serenamente, así como en la tranquilidad de las aguas dormidas germina la muerte con su traje de limo.

El odio es el esqueleto de aquellas almas y el mal es un átomo más que entra en la combinación del aire; a veces parece predominar en el ambiente, lo mismo que en el viento predominan los olores del «barredero» y «orégano» en las proximidades del aguacero.

Por un raro mimetismo, el espíritu de esas gentes tiene del diente del ofidio y de la larva del jagüey.

El bien, el «pobre bien», es un prófugo oculto en el alma de algunas mujeres, y apenas, a hurtadillas, se asoma en una lágrima cuando puja algún peón bajo el azote, o cuaja en una sonrisa cuando el sacrificio de una deuda más pone en las manos del querido la tela rameada para un nuevo traje de su hembra.

No es esta la Montaña del Sermón: invertida la voz del Rabino, el odio crece suplantando al amor, y la charca sucia y las aguas furiosas y la acechanza de las fieras pronuncian la fea doctrina del mal: «Odiaos los unos a los otros».

El indio José Manuel, odia ya al compadre piragüero porque en pasados días se negó a llevar las cargas de «panela» con rumbo a Maracaibo, y sabe que la negativa envolvía un fin de competencia desleal inventada por el dueño del «conuco» vecino. También Casilda apunta su odio hacia la mujer del

piragüero, a pesar de que en su alma no deposita ni un ápice de amor para José Manuel, puesto que está enterada de que el repulsivo amante se había enamorado y casado en la ciudad con una hermosa morena, a quien jamás traería hasta la hacienda por temor al paludismo y a la «fiebre fría». Por más de una vez Casilda, a espaldas del Coriano y de los peones, había agregado a los «batidos» que José Manuel enviaba a su esposa, polvos y yerbas que una vieja india confeccionaba para lograr extraños fenómenos espirituales y físicos en quienes los comieran.

Evilacio, cortador de caña que no teme a la serpiente oculta bajo las hojas, ni al tigre que por las noches visita la hacienda, tiembla y tartamudea ante José Manuel; sabe ya del ardor que produce el «manatí» sobre el cuero pelado de la espalda y conoce en las manos del amo todas las aventuras de un machete. Sin embargo, hace días que no se aleja de la casa; trata de acostumbrarse a escuchar sin miedo los «ajos» del patrón, y se ofrece servicial y desinteresado. Otea el río y observa los caminos con acuciosidad de perro; casi no duerme por vigilar y, cuando en las sombras cruza un bulto, desorbita los ojos como un búho y se dice mentalmente, llevando el dedo al gatillo de su escopeta: «¡Cuidao, Coriano der 'zinguango', que si te queréis escabullilte folmo un 'fecherón'!». —Continúa vagando y vigilando por toda la noche. Constante esta idea en la mente: «José Manuer, ar Coriano le oí decil que cuarquiel día de éstos te iban a sacal pol la jedentina entre un tablón de caña!». Y el amo diría: «¡Andá, traémelo, Evilacio...! Buscame er manatí, Casirda!». Pero nunca se atrevió Evilacio a decir tal cosa, aun cuando más lógico era que la respuesta del amo fuera exacta a la supuesta por el peón.

II

—Pa esta noche es la cosa, Jacinta; cuando pase en la madrugaíta la piragua.

Con su silencio triste responde Jacinta.

El Coriano se sienta en la puerta del rancho y con la mente se adelanta a todas las peripecias de la fuga; primero, saltar al cayuco y saludar al cayuquero con palabras amistosas para borrar antiguos enconos, y le será imposible evitar la reprimenda —ahora afectosa— del rudo navegante:

—¿Ar fin te distes, Coriano?... Más antes te ha debío de pasal pa que aprendieras a conocel la gente.

—Sí es verdá. Tenéis razón —contestará resignadamente.

—Mirá, primo-helmano, ¡ese José Manuer es más fregao que la «mujelcita» del otro mundo!

—Así es, teneís razón —responderá siempre el Coriano vencido.

Y el agua sucia del río arrastrará la piragua después... Y ya cuando el sol alumbre, la hacienda de José Manuel estará tan atrás que no habrá de divisarse...

Se hunde el Coriano en su propio pensamiento y emprende un largo caminar de la mente sobre el itinerario de las aguas; primero, el río cobijando piedras capaces de abrir el casco de la nave; después, la entrada al lago en tumulto de aguas revueltas que internan haciendo una inmensa península de olas amarillas entra la aguas verde-báltico del lago; luego, la serena navegación lacustre y el filo de las costas lejanas demarcando algo que hace tiempo había dejado de ver: ¡el horizonte! Allá en la hacienda, entre hojas de gramíneas y un cerco de montañas, los ojos tropezaban como aves prisioneras, y ahora, la visión sin obstáculos correría con la emoción de la flecha y regida por el programa del viento sur: ¡Siempre hacia el norte! ¡Hacia el norte de la ciudad! ¡Hacia el norte el «bote de Quisiro», y el camino

de Casigua, y la llanura coriana empatada en el agua falsa de los espejismos, y Coro y el regreso, que es la emoción de nacer ya viejo en la misma cuna que abrigó al infante!

—¡Pa esta noche es la cosa, Jacinta!

Y Evilacio vigila con los ojos que adiestró la sospecha.

Jacinta dice con voz amarga y un dejo de recelos, temores y desencantos:

—Pa esto te tirastes a matar por el indio... Pa eso te echastes enemigos... Por ahí anda Evilacio loco por sacarse lo de la guaricha...

Y el Coriano siente ahora el dolor de haber hecho bien momentáneamente, porque hasta el bien es malo donde nada hay bueno. Si había hecho lo de la guaricha, culpa era de Jacinta, puesto que a él nada le interesaba semejante justicia. Evilacio, por supuesto, no había visto en el hecho sino el propósito de «atreverse a todo», y nunca llegó a pensar en que la justicia fuera cosa factible sobre la tierra. Para el cortador de cañas, la hacienda era sitio en donde la humanidad tenía un solo propósito: vivir mientras no se muera; y una sola ley: el trabajo y el sexo.

Cuando José Manuel trajo a la haciendo las cinco guarichas que en Sinamaica había comprado a los tíos para él venderlas a sus peones, siguiendo la ley matrimonial de la tribu, Evilacio estaba con fríos y calenturas y no pudo comprar ninguna. Después ocurrió lo de la muerte de Eufemio, y la viudez de la guaricha que este había comprado. Y aun cuando Eufemio no había pagado a José Manuel los cincuenta pesos de su indiecita sino que aparecían anotados en «el libro», la guaricha, al saber que se pretendía su venta a Evilacio, rogó a Jacinta que le consiguiera regresar a Sinamaica, mediante influencias del Coriano con el Patrón; explicáronle las dos mujeres al Coriano que una guaricha «no tenía la culpa de que su marido hubiera muerto tan ligero, sin tener tiempo para los *reales del matrimonio*», y como en el fondo de toda mujer duerme el instinto de

idealizar el amor, Jacinta tomó la defensa de la india, más para complacerla en lo de huir del hombre odiado que para lograr un acto de justicia; argumentó que los reales *debía de perderlos la hacienda* puesto que la guaricha quedaba completamente libre por razón de su viudez.

El Coriano, conocedor del medio, no alegó tales cosas ante José Manuel, sino que atemorizó con la presunción de que el tío de la guaricha podría enterarse de lo ocurrido, y los hombres de esas tribus «son cosa muy seria».

José Manuel accedió invadido por su inmensa cobardía.

La guaricha se fue en el mismo bongo de la hacienda, y Evilacio le tiró una mirada al Coriano mientras decía a los otros peones:

—Anoche er Coriano como que se estuvo dando brincos entre Paraguaná y la Goajira...

Ahora está esperando sorprender la fuga del Coriano y Jacinta: ¡No se irían ellos como la guaricha, llevándose la soga en los cachos! El Coriano tenía *un cuentón en el libro*, y tan grande, que José Manuel no se había atrevido a darle el suero para el muchachito porque costaba dieciocho bolívares y ya la cuenta estaba *muy gorda*.

—¡Mirá, que aguao! —se decía Evilacio—. ¡Ya no le quieren fial y tiene riñones pa querese il!

Pero a la seis de la tarde se oyeron gritos de Casilda; llamaba desesperadamente al peonaje, al caporal, a las mujeres.

Cuando invadieron la casa, encontraron a José Manuel tendido en el suelo, amoratado y casi exánime, echando espuma por la boca y a intervalos sacudido por un temblor eléctrico.

El Coriano y todos los peones le miraban sin resolver nada. Casilda explicó que había comido como un animal, que luego había «cogido una rabieta de las de él» y, que, de pronto, había hablado disparates y maldiciones, para caer después como un tronco.

—¡Un pulgante! —gritó una mujer.

—¿Pulgante? ¿Aquí no hay un pulgante? ¿Quién tiene una pulgante?

Pero ni Casilda pudo encontrar uno, ni los peones respondían, ni las mujeres ideaban otros medios de salvación.

El Coriano asió por un brazo a Jacinta y la llevó hasta el patio; su rostro tomó luces de alegría rara y cruel, y, clavándole los ojos a la mujer habló en voz baja:

—Jacinta, cállate: en el fondo de la caja tengo yo sal de higuera... ¡Cállate, Jacinta, que me voy a estar reyendo un mes entero!

Los gritos del llanto femenino, obedeciendo a una consuetidinaria ley de duelo, anunciaron el desenlace de aquello, y Evilacio salió de la casa con las cejas juntas y un hocico gruñón en la boca; mentalmente se iba diciendo:

—¡Pol lo único que lo siento es polque er Coriano se va a salil con la suya...! ¡Mardita sea, sí que tengo mabita!

Vocabulario utilizado en "Odio"

Aguao: Persona sin ánimo, floja o cobarde.
Agujas: Ritual para curar el mal de ojo.
Ajo: Interjección de sorpresa o enojo.
Capadare: Cigarros elaborados con el tabaco cultivado en la zona del mismo nombre.
Cayuco: Canoa pequeña y alargada.
Chicote: La punta o colilla del cigarro.
Fecherón: En este caso un gran escándalo.
Fiebre fría: Paludismo o malaria.
Foetear: De fuete, golpear o azotar con un látigo.
Guaricha: Mujer.
Guayacan: Persona de carácter recio, fuerte, saludable o resistente.
Jaiba: Situación ridícula o inesperada.
Jedentina: Podrido o maloliente.
Mabita: Mala suerte, desafortunado.
Manatí: Dar una paliza, azotar o quitarle la flojera a alguien a la fuerza.
Zinguango: Persona boba o perezosa.

Índice

NOTA EDITORIAL 7
PRÓLOGO 9

I. Uno menos 23
II. Paisaje negro y bermejo 28
III. Tochito 37
IV. Tres hombres y un ataúd 49
V. El maestro Ceferino 55
VI. Sarita, la turca 63
VII. Guineos y otros negocios 67
VIII. El coronel 77
IX. El secreto 83
X. La sombra de míster Charles 90
XI. La noticia 95
XII. El quemador 102

Vocabulario de modismos y locuciones empleados en este libro 107

Odio (cuento) 117

Vocabulario utilizado en “Odio” 125



Guachimanes
Este libro se terminó de imprimir
en el mes de octubre de 2026
en Editorial Metrópolis
Caracas, Venezuela.
Son 1000 ejemplares.

PRÓXIMOS TÍTULOS

PLUMA NEGRA
Luis Lira

QUÉ MOLLEJA DE HUELGA
Domingo Alberto Rangel

MEMORIAS DE UNA ANTIGUA PRIMAVERA
Milagros Mata Gil

CASANDRA
Ramón Díaz Sánchez



GABRIEL BRACHO MONTIEL

Guachimanes

Doce aguafuertes para ilustrar la novela del petróleo

Guachimanes. Doce aguafuertes para ilustrar la novela venezolana del petróleo es una lectura clave sobre el impacto del petróleo en la Venezuela de mediados del siglo XX. En sus doce relatos, la obra retrata la vida del obrero y la cotidianeidad de la gente del pueblo, la presencia aplastante de las compañías extranjeras y la degradación moral de quienes se convirtieron en vigilantes y opresores de sus propios compatriotas. Con un lenguaje cercano y gran fuerza crítica, Bracho Montiel logra una narrativa honesta que expone las fisuras sociales de la época. Para esta edición hemos incorporado un cuento que fuera publicado en 1940, anterior a *Guachimanes*, con la intención de promover la obra, que para muchos venezolanos, sigue siendo desconocida.

Gabriel Bracho Montiel (Maracaibo, Venezuela, 1903-1974)
Escritor y representante del periodismo de humor. Graduado en Odontología (UCV). Perteneció a la Generación del 28 y al grupo literario Seremos, ambos con claras posiciones antigomecistas. Colaborador de *El Morrocoy Azul* y *Fantoches*. Fundador del semanario humorístico *Dominguito* (1958), entre sus libros mencionaremos: *Los sin trabajo* (1938), *La huella del hombre que pasó. 30 cuentos* (1952), *La mata-mujer* (1980) *Mentiras de Dominguito: extracto fluido de cosas de la gente bien dispuesta* (1984).

9 789800 126691

República Bolivariana de Venezuela
Ministerio del Poder Popular para la CULTURA

www.mincultura.gob.ve | @mincultura_ve